

ISSN 2618-5172

Revista

Rocamadour

Historias originales

Año 2 | Número 18
Agosto-Septiembre 2020

\$80

Cuento del mes

"Algo para nosotros,
temponautas",
por Philip K. Dick

Artículo del mes

Cristo cibernético

Autores invitados

Federico Di Pila

Mikita

Jesús Jaramillo

Juan Rey Lucas

Jorge Giménez



Ediciones Rocamadour

CARPINTERÍA

022
2761
1076
RUBEN



VELEZSARFIELD 14
(ENTRE SARMIENTO
Y RIVADAVIA) - Marcos Paz

11
2350
9958
ALEJANDRO
(WHATSAPP)

Reparación • Decoración • Restauración

EL VASCO

EDICIONES ROCAMADOUR

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia
de Buenos Aires, Año 2020
ISSN 2618-5172
www.edicionesrocamadour.com.ar

EDITOR

Alejandro Torres

DISEÑO Y EDICIÓN

Alejandro Torres

CORRECCIÓN DE LOS TEXTOS

Alejandro Torres

REVISIÓN DE LOS TEXTOS

Hugo Canal Bialy

SUSCRIPCIONES

edicionesrocamadourmp@gmail.com
Suscripción o número simple \$80

FOTO DE PORTADA

Frank Ronan

ILUSTRACIONES DE LOS TEXTOS

Fede Avila Corsini

Federico Di Pila

Alejandra Llanos

Esta revista se terminó de imprimir en
septiembre de 2020, en taller propio - Marcos
Paz, Pcia de Buenos Aires. Impresión de las
tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77,
Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas por los autores de los
distintos textos no reflejan necesariamente
las de la revista.



Ediciones Rocamadour



PHILIP K. DICK

22

Algo para nosotros,
temponautas

39

Cristo cibernético

48

**GODOFREDO BLANSK:
I- RETAZOS**
por M. M. Álvarez

51

**LA LITERATURA CON LA
VIDA EN EL PENSAMIENTO
DE GILLES DELEUZE**
por Juan Rey Lucas

54

**EL PABELLÓN DE LOS
GRITOS**
por Alejandra Llanos

CONTENIDO

05

EL LLANTO ESTIPULADO
por Jesús Jaramillo

07

**ALGUNAS PERSONAS
NACEN HECHAS PARA
AGITAR LA BANDERA
PT 2**
por Alejandro Torres

13

**EXTRAÑAS DISTANCIAS
PT 2**
por Fede Di Pila

17

LAS ALMAS DANZANTES
por Mikita

18

ARCHIVO
por Eduardo Galeano

20

POSTRES DE ABUELA
por Hugo Canal Bialy

46

SIRIUS X23
por Jorge Giménez

LECTURAS VISUALES

56

**LA FUNDACIÓN DEL
CYBERPUNK**
por Pablo Ortiz

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

EDITORIAL / ALEJANDRO TORRES

Esta fue la primera tapa de la revista Rocamadour. Mucho tiempo antes, antes de que Rocamadour tomará un camino más real, o más bien verdadero, Philip K. Dick estuvo en mi cabeza plantando una semilla de cultura de revistas *Pulp*, revistas baratas, donde grandes escritores de la época (Asimov, Clarke, Lovecraft, Hammet, Chandler, Wells, Bukowski, Bradbury, Conrad, Arthur Conan Doyle, London, Kipling, Erle Stanley Gardner, Mark Twain, etc etc y muchos etc) escribían y que tienen una tradición tan antigua como prolífica. El hecho de que estos fenómenos de la literatura universal utilicen este medio para difundir sus historias generó un quiebre en mi forma de poner en práctica la literatura. Decidí hacer algo que sea distinto, algo que no pierda continuidad y que muestre un gran abanico de autores de todo el país, y por qué no del mundo. De hecho, tenemos en este número el primer escritor internacional que cruzó la frontera argentina y nos presenta un escrito distópico que reflexiona sobre la privatización del acto humano, como retrató muchas veces PKD.

Cuando elegí hacer esta revista, y antes de pedir ayuda a Matt Álvarez, tenía a Philip Dick en la tapa con el cuento seleccionado. Pero eran solo ideas, estaba al borde del precipicio y solo faltaba saltar. Si bien tiene cuentos más reconocidos o más confrontativos en cuanto a su modo de ver el mundo, este es desafiante, original y que los personajes quedan encerrados dentro del cuento eternamente mientras nosotros tomamos el control de nuestras vidas.

El primer texto que leí de él, yendo en colectivo desde Marcos Paz (así que para los que gustan de las coincidencias esta es una importante para mí: Marcos Paz y Philip Dick como una simbiosis dentro de una revista literaria, como aquellas que leía y en las que publicaba él también) fue *El hombre dorado*.

Investigando durante semanas para confeccionar el artículo me he encontrado con autores y libros que jamás tuve en cuenta, por mero desconocimiento. Uno es *Apuntes sobre Philip K. Dick*, de Sebastián Robles y Juan Terranova: una suerte de charla analítica entre dos escritores interesados por el significado profundo de la obra de Dick. Libro que no he terminado aún, pero que, una vez finalizado, haremos una reseña y buscaremos una charla con los autores. *Idios Kosmos*, de Pablo Capanna, es uno de los más conocidos ya que tiene un par de años en el mercado; la genial pero poco objetiva biografía de Emmanuel Carrere *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos*, de 1993; *Phil, una biografía de Philip K. Dick*, de Laurent Queyssi y Mauro Marchesi: una biografía ilustrada que pinta maravillosa pero que aún no pude conseguir más que las páginas que expone Norma Editorial en su web; *En busca de Philip K. Dick*, de Anne R. Dick (inconseguible por ahora en Argentina); *Los vecinos de Philip K. Dick*, de Leonardo Kuntscher (ilustrado por Daniel Alejandro Perrotta y Santiago Mansilla); o el curioso *¿Sueñan los gauchoideos con ñandúes eléctricos?*, descubierto por Pablo Rodríguez Ortiz, de Michel Nieva, y mucho más. Tantos libros y muchos argentinos en el medio hablando al respecto, genera curiosidad y orgullo.

Es que Dick ha sido para muchos una fuente de inspiración, porque pese a experimentar con realidades distintas, enfermedades mentales, cuestionamiento de la verdad, y más cosas de las que hablo en el artículo principal de la revista, ha tenido algo que llama a la imaginación, ya que para él no es necesario explicar qué son los *Psis de Hollis*, o los *inerciales*, o un *precog*. Todo esto queda librado a la imaginación de cada uno, todo pasa por una construcción mental que nos detiene la lectura las primeras veces ante la confusión, pero que con el tiempo lleva al siguiente renglón sin vacilaciones. Nos enseña que no hace falta comenzar un cuento con el *Había una vez*, sino que solo hay que imaginar un lugar donde ocurrirá la historia (como dijo Pablo De Santis en la entrevista de la revista 16) y posicionarla en un momento específico, en una acción, un diálogo: se transformará en un mecanismo que desatará otro mecanismo más complejo.

Llevamos ya dieciocho revistas ininterrumpidas pese a los altibajos que sufrimos (uno de los cuales es fresco y es el que la perioricidad de la revista pasó de mensual a bimestral). Hoy publicamos sin publicidades que nos ayuden a subsistir pero confiamos en los suscriptores y aquellos lectores que compran mes a mes nuestra revista. Eso nos ayuda y nos da energías, nos hace llegar a la meta publicación a publicación. Pero ya hablamos de esto en más de una oportunidad, aunque resulta imperativo volver al tema. Como siempre es necesario volver a esos autores que nos cautivaron y nos dieron una nueva forma de tomarnos la literatura, y por qué no, la vida.

EL LLANTO ESTIPULADO

Por JESÚS JARAMILLO

Aunque ciertamente los recuerdos se agrupaban en la memoria como la levadura en una masa fresca de pan, no eran la causa principal del agri dulce sentimiento que estaba naciendo. En el paladar se fundía un sabor herrumbroso y crujiente con la dulce textura de algo semejante a la miel, o al caramelo. Era algo extraño, sí, pero no imposible. Después de formar parte de una sociedad como esta, lo único imposible es que existan cosas que no sean posibles. Y entonces la vida tiene que seguir porque sí, ya que no hay más respuestas, y si luego las hay, entonces siempre es el momento de seguir dudando. Pero él estaba divagando.

Frente a una lápida de pintura blanca fresca, adornada por una rosa del mismo color (vaya combinación), él estaba divagando, y una lágrima triste y tibia que corría lentamente por su mejilla derecha, impactó contra el césped silenciosamente. *Flump*. Eso fue lo único que escuchó una hormiga que se paseaba por allí, distraída, contemplando con gracia la imagen de aquel gigante que parecía estar cayendo en un agujero negro, y que luego se fue, sin ningún ademán de tristeza, a buscar el sustento para su colonia.

Mientras la tarde seguía cayendo, y la luna empezaba a realizar su difícil acto de aparición simultánea a escasos kilómetros de la puesta del sol, él encendió sus alarmas internas. Sus ojos se extendieron como platos manchados de salsa de champiñones, y empezaron a indagar en el follaje del cementerio, en busca del cazador que lo acechaba. Él hubiera preferido que fuera un cazador sobrenatural, algo semejante a Randall Flagg o incluso al salvaje Fitzgerald, pero sabía que no podía ser así: su cazador era casi tan real como un desamor de la juventud.

—Me iré —se excusó con la lápida. Sus labios temblaban.

Partió entonces el condenado, a buscar quién sabe qué.

Ya a las 8:26 PM cruzaba el umbral de la puerta principal de su casa. *¡Welcome!*, le dijo la alfombra, y allí, antes de girar la llave y ablandar el cerrojo, encontró lo que temía: la carta. Se asomaba en la rendija baja de la puerta, en un sobre totalmente blanco y pulcro. Lo tomó, y pudo verificar que los autores no se equivocaban de dirección. Dejándola a un lado mientras se acomodaba en su sofá de cuero color carmesí, suspiró.

—Dios... mejor termino con esto de una vez.

La abrió, entonces, sin contemplación. La carta estaba mecanografiada en tinta negra, y con una caligrafía perfecta. Leyó en voz alta:

—"Señor ****, buenas noches. Como ya lo sabe, en nuestro contrato de mutuo acuerdo, firmado en la mañana del viernes 15 de junio del año ****, se quedó pautado con un importante énfasis (recuerde el letrado en mayúsculas) la limitación del llanto. O mejor dicho, la imposibilidad de ejecutar un llanto, por cualesquiera razones. Sin más que agregar, ya usted conoce las consecuencias del incumplimiento de las condiciones. Es un hombre adulto".

Es un hombre adulto, repitió mentalmente. *Cielo santo, ¡Qué frialdad!*

—No tengo remedio —dijo, y rápidamente se dirigió a su habitación. Cogió una enorme maleta marrón y empezó a tomar todo lo que pudo: franelas, zapatos, medias, objetos totalmente innecesarios, fotografías, entre otros. Tres minutos después, se encontraba diciéndole *¡Adieu!* a la casa de sus sueños.

Mutuo acuerdo, volvió a pensar. *Tenía cuatro años cuando firmé ese desgraciado contrato. ¿Qué niño de cuatro años sabe si hay algo más que jugar y comer?*

Jadeante, empezó a notar cuán empapada estaba su camisa debido al sudor que emanaba a chorros, y continuó andando a través de la carretera vacía y oscura, escapando de sí mismo. No había algo más que la noche, sus pasos acelerados, y su

respiración entrecortada.

—¡Dios, Dios, Dios! —exclamó—. Ayúdame... a terminar... esto de una vez.

—Cariño —dijo una voz dulce y sensual a sus espaldas—. Cariño, no digas eso. No, cariño, ya no lo digas.

Él se detuvo en seco, y su corazón también. Por unos segundos.

—Cariño, todavía tienes mucho que vivir. Aquí todo es hermoso, y sin complicaciones. Sin embargo...

Girando sobre sí mismo, la observó por última vez. Ella estaba tan hermosa a la luz de la luna, que por un instante dejó de pensar en la maldad que le enroscaba la garganta.

—...tienes mucho que vivir —prosiguió ella con una sonrisa—. Te amo.

—Yo también... te amo —respondió él con dificultad.

Cayó de rodillas, y algo se quebró en su interior. Fue como si de su corazón empezaran a brotar ríos de corrientes infinitas y frescas, que le aliviaban el alma. Lloró, lloró y lloró, hasta que las lágrimas se le escaparon en busca de otra alma adolorida a quien sanar.

Unos pasos empezaron a crujir desde lejos, y él no se inmutó. Se acercaban. El viento comenzó a soplar. Estaban más cerca. Un búho resonó en el más allá. Ya estaban muy, muy cerca. Y entonces empezó el final.

—Señor **** —dijo el ser dueño de dichos pasos—. Con que aquí se escondía. —soltó una risita—. Vaya lugar —suspiró—. Vaya lugar. Verá... los verdaderos hombres son aquellos que cumplen lo que prometen. Ese principio ha pasado de generación en generación, sin ningún salto al vacío. Pero usted, me temo, que no se enteró de su existencia. Y estoy seguro de que tampoco se enteró de que los hombres no pueden llorar.

El reciente maestro del discurso hizo un silencio, en espera de una respuesta suplicante, pero no la encontró. Su interlocutor simplemente se había rendido.

—Sí, así es —prosiguió—. No podemos llorar. Eso nos ha llevado a ser lo que somos, y eso nos mantendrá para siempre. —Sacó su arma y la alistó—. ¿Escuchó ese sonido metálico, señor ****? Son las trompetas que le dan la bienvenida

“Los verdaderos hombres son aquellos que cumplen lo que prometen. Ese principio ha pasado de generación en generación, sin ningún salto al vacío. Pero usted, me temo, que no se enteró de su existencia. Y estoy seguro de que tampoco se enteró de que los hombres no pueden llorar.”

a la vida eterna. Ahora —le apuntó directamente a la cabeza—, escupa sus últimas palabras.

Él otro obedeció, aún de rodillas, y escupió, sin decir nada más. Un momento de vacilación se instaló entre ambos.

Después de una lenta exhalación, él soltó un suspiro, se levantó, y miró de frente a su contrincante.

—Dios te bendiga —le dijo al fin, y después lo desarmó rápidamente, cambiando la balanza de la situación.

El otro lo observó con ojos desencajados, y en un instante fugaz recuperó la sobriedad. Levantó las manos y sonrió con malicia.

—Y que nos perdone —culminó la historia el señor ****, con un disparo a sangre fría directo a la cabeza. Una pequeña salpicadura de sangre se esparció en su mano, y dejó caer el arma.

Lejos, muy lejos, los cuervos empezaron a graznar, y los escasos búhos presentes se fueron en busca de una madriguera más silenciosa y menos mortal. Un llanto de niño recién nacido inundó la estancia nocturna y abandonada, ahora levemente iluminada por una luna en extinción. La voz de su madre, notablemente emocionada, levantó una exclamación de gratitud hacia al cielo, con las mejillas sonrosadas.

—¡Es un niño! ¡Es un niño! Estoy segura... de que será un gran hombre.

Jesús Jaramillo, de 18 años de edad. Nacido en Valencia, Venezuela, en el año 2002, es un escritor, fotógrafo amateur y estudiante de cine venezolano. Actualmente, trabaja en su libro debut, una antología de cuentos titulada "Cuestión de Tiempo".

Por ALEJANDRO TORRES

*You're
Next!*



**ALGUNAS PERSONAS NACEN HECHAS
PARA AGITAR LA BANDERA (2° parte)**

En las afueras de Nueva York, en 1968, Jason acudió al rescate de Arthur, quien se hallaba en la escena del crimen de un agente de la CIA. Escapando por la autopista, a bordo de un Rambler, discutiendo sobre las ganancias del narcotráfico, planearon su accionar y se detuvieron en un motel, mientras el demócrata Johnson alentaba a los jóvenes americanos a participar en la guerra de Vietnam.

VI

—¡No nos atraparán vivos! —gritaba Arthur mientras conducía el Rambler a toda velocidad llegando a Richmond, aún por la I-95.

Yo sentía mi cuerpo caliente, sólo llegaba a divisar la cabecera del conductor, el pelo brillante de Arthur y el viento que entraba por la ventanilla. Sentía mi cuerpo caliente, sentía que me desmayaba ¿O me dormía? Sentía que me desvanecía.

—Oye, Jason ¿sigues aquí? —Escuché una voz. ¿Cómo que si seguía allí?, ¿dónde más podría estar? Me desvanecía. Vi el perfil de su rostro asomarse por entre los asientos delanteros—. Trata de aguantar, saldremos de esta juntos.

Yo lo miraba atónito y borroso. Sentía que me desvanecía. ¿Qué quería decir con que si seguía allí? ¿Qué demonios hacía en el asiento trasero, desparramado? ¿A dónde nos dirigíamos? Mierda. Un dolor punzante me atravesó de lado a lado a la altura del abdomen y no pude evitar retorcerme en el lugar. Ya no me desvanecía, esa punzada me despertó y me hizo bajar la cabeza. Sólo vi sangre, mis manos cubiertas de sangre. Deseaba que fuera mía y a la vez no. No comprendía qué ocurría. Sangre. Nuevamente, el color rojo me hizo recordar las sábanas del Hotel Dixon, el cuerpo de Patton, las manos de Arthur.

—¡Maldición! Nos tienen, Jason.

Yo no podía más que mirar a Arthur de manera confusa y perdida. Nuevamente me desvanecía. Intenté emitir un sonido con mi boca, pero solo obtuve una eyaculación roja. *Nos tienen, nos tienen*, pensaba.

La brisa seguía entrando por la ventanilla delantera, ahora con más fuerza. Intenté sentarme, pero fallé, el dolor era demasiado fuerte. Necesitaba ver qué ocurría. El viento se hacía cada vez más frío y el sudor que corría por mi frente también.

Volví a intentar ponerme derecho, ahora con mayor brío. Necesitaba

ver. Logré reponerme y alzar la cabeza pese a otra punzada. El ruido del motor del auto era cada vez más fuerte, el viento golpeaba con violencia mi cara. Al rededor solo había un largo camino despejado, sin autos. ¿De quién huíamos? El sol quemaba a pesar del viento y Arthur me observaba por el espejo retrovisor con expresión de terror.

—Lo siento Jason, lo siento de verdad. —Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. De repente el día se oscureció. ¿Cómo era eso posible? Ahora el coche avanzaba a tal velocidad que pensé que era imposible detenernos. Comprendí lo que sucedía. Cuando me quitó de encima la mirada, sus brazos que permanecían pegados al volante giraron de manera violenta hacia la derecha y contemple nuestros cuerpos flotar.

Desperté de un salto y sentí confusión. Me repuse y miré al rededor, pero no era la habitación del hotel donde nos habíamos hospedado esa noche. Sus paredes estaban carcomidas, despintadas y sucias, el piso era de tierra y sentía un fuerte olor a humedad impregnado en mi ropa. En una esquina, un animal peludo similar a un jabalí roía un hueso, o al menos eso parecía. Me exalté y giré a la derecha alertando que no había nadie más en ese cuarto, solo yo. ¿Y Arthur? ¿Dónde demonios estoy? ¿Qué había sido ese sueño? Comencé a sentir voces y un escozor detrás de mis ojos: ¿*Me oyes?* ¿*Puedes verme?* Afuera, solo se escuchaba el silencio. El dolor fue tan intenso como el de una quemadura y mi cara se deformó. Sentí mis manos calientes y, por un momento, que me derretía. No podía dejar de observar al animal, royendo aquel estridente hueso.

Cerré los ojos para frenar aquella imagen y al abrirlos me encontré sumergido en un pantano. A lo lejos divisaba una fogata y unas casillas de lo que parecía ser una aldea. Quise gritar pidiendo ayuda, pero no pude. Sentía el agua en mi cintura. Me sentía pesado y no llevaba la ropa con la que me había acostado: ahora, una chapa colgaba de mi cuello con un grabado: Max Price 654-987-312. ¿*Me oyes?* ¿*Puedes verme?* No maldición, no puedo verte ni oírte. La impaciencia comenzaba a carcomerme, otra vez tenía el

corazón a mil revoluciones: como en la carretera, como en el sueño ¿Era un sueño? No era un buen signo.

De pronto comencé a hundirme lentamente en el pantano. Mis brazos buscaban algo de qué sujetarse, no había nada a la vista y lo único que podía hacer era golpetear el agua en signo de desesperación. Poco a poco me hundía y nadie podía salvarme, ni siquiera Arthur podía devolverme el favor. Y otra vez esa maldita voz: *¿Me oyes?, relájate. Piensa en Darcy. ¿Qué piense en Darcy? ¿Quién eres?* Por un momento lo pensé e intenté engañarme a mí mismo relajándome mientras la tierra mojada me devoraba: la imagen de Darcy aparecía ahora menos lejana. Una mujer vestida de blanco apareció frente a mí, exhibiendo desnuda su espalda. Parecía Darcy: logré reconocer sus hombros. Me gustaba acariciarlos cada noche que pasábamos juntos, eran suaves y tiernos. El agua ya no estaba en mi cintura, ni tampoco sentía que me hundía: podía caminar.

Me acerqué a la figura -¿A Darcy?- vestida de blanco con sus hombros despojados de toda seda, y la tomé por la espalda, acariciándola. Era un momento único. Después del Hotel Dixon, de aquel sueño en el auto y el pantano solo quería besarla, volver a sentirla. La sujeté por los brazos y la di vuelta, pero su semblante se desfiguró. Era aberrante: su piel era amarilla, su cara parecía la de una anciana y unos gusanos bailaban en la comisura de sus orificios nasales; sus ojos eran negros y los dientes estaban cubiertos de un verdoso musgo, como el del pantano. De pronto comenzó a escupir agua empantanada y a repetir de manera escalofriante: *bésame, Jason, bésame de una vez ¿Qué, ya no me deseas?* Avanzó rápidamente hacia mí mientras yo sentía que caía en un vacío.

V

Cuando desperté, esta vez no fue de forma violenta, sino que lentamente abrí los ojos a causa de la luz, que traspasaba la ventana, en mi cara. Arthur no estaba en su cama, de hecho estaba hecha como si nadie hubiese dormido allí, pero aún el Featherlite y su billetera permanecían al lado de la mesa de noche. Miré mi Longwid -un regalo de mi padre, que a su vez fue un regalo de mi abuelo- y pude notar que eran pasadas las tres

de la tarde. Había dormido alrededor de doce horas continuas. ¿Qué había sido todo aquello? ¿Fue realmente un sueño? ¿Dónde estaba Arthur ahora? Mi ropa estaba mojada, las marcas de transpiración debajo de mis brazos eran notorias, y continuaba con la piel caliente. Necesitaba hidratarme. ¿Acaso el Apple Jack de la vieja había estado tan añejado que me provocó un mal sueño? Demasiadas preguntas, pensé.

Arthur se encontraba fumando apoyado en la baranda del segundo piso donde se encontraba nuestra habitación. Con el paquete de Pall Mall en una mano y el cigarrillo en otra observaba el poniente con desdén, aunque percibí que pensaba en algo. Quizá por fin había caído en la cuenta de que había asesinado a una persona. Más bien, a un agente de la CIA, de la maldita CIA.

—¿Por qué no me has despertado? —. Supuse que una reprimenda no iba a caerle mal —. Debemos marcharnos.

—No lo sé, Jason, quizás deba entregarme y tú puedas volver a Nueva York con Darcy. Dejarte fuera de todo esto —mencionó con voz trémula.

—¿Estás loco? —La idea no sonaba tan descabellada, pero no era posible. Ya habíamos pasado bastante como para volver atrás y rehacer mi vida, no de esta manera. —Debemos marcharnos ya, antes de que comiencen a buscarnos. Automáticamente me miró. Tenía esa mirada de terror, como en el sueño del auto, solo que sin las lágrimas. Esa mirada advertía que sucedía algo, nada bueno, claro.

—Ya es tarde. Ha salido en las noticias que encontraron el cuerpo de un agente del Gobierno en un hotelucho de Long Island. Solo necesitan rastrear a nombre de quién estaba la habitación, Jason. Estaba a nombre del maldito de Patrick Haydes, y ese bocón no tardará en mencionar mi nombre—. Su cara seguía con la misma expresión, dio una pitada larga al cigarrillo y continuó—. Al verlo me paré aquí a esperar lo peor, lo siento, Jason.

—Déjate ya de idioteces, todavía les llevamos ventaja. No lograrán encontrarnos, pero debemos salir enseguida. No hay tiempo que perder.

—No, Jason, agradezco tu gesto, pero...

—Maldita sea, Arthur. No arriesgué mi pellejo para que ahora me des clases de moral—. La ira, tan recurrente ya en mí. *¿Me oyes? ¿Puedes verme?*: otra vez las voces en mi cabeza— ¡Toma

tus malditas cosas y vámonos, te espero en el auto!—. Volví a exasperarme acompañado de una terrible jaqueca. Arthur no tenía alternativa. Era seguir huyendo o hundirnos a los dos, y sé que no era capaz de eso. No paraba de decirme que lo sentía, y eso era un buen gesto después de todo.

En la radio de los éxitos sonaba *The house of the rising sun: Now the only thing a gambler needs is a suitcase and trunk, and the only time he's satisfied is when he's on, a drunk*. Aquel verso me hizo recordar que lo único que mi padre me había dejado era el viejo Longwid. Su adicción al póquer y al whisky barato no lo hacían ver como un padre ejemplar, pero yo guardaba buenos recuerdos antes de que el mundo estallara nuevamente en 1950. Aquello representó mi pérdida de fe en la humanidad, y en el sistema democrático del primer mundo. Millones y millones marchando a tierras orientales para evitar la propagación del Comunismo en Corea. La idea de tener un sistema opuesto al nuestro en el mundo nos hace querer suprimir aquella competencia estúpida de creernos únicos en el globo.

Nadie prepara a un niño para vivir la ausencia de un padre en la cúspide de su adolescencia. Ni lo prepara tampoco para vivir las secuelas de una gran catástrofe. Luego de su regreso en julio de 1953, mi padre pasaba de bar en bar apostando lo poco que mi madre había logrado prosperar tras tres años de vivir en la miseria, en la desgracia. *¿Me oyes? ¿Puedes verme?* Antes de partir para Corea mi padre era gerente en un almacén de productos electrónicos. Finalmente fue el mismo alcohol que lo acompañó durante seis años quien lo derribó una tarde de verano en 1959. Cayó desvanecido en la Williamsburg Plaza de Marion, Ohio, de donde éramos oriundos, con una botella de Four Roses en la mano derecha y los bolsillos vacíos.

“De pronto comencé a hundirme lentamente en el pantano. Mis brazos buscaban algo de qué sujetarse, no había nada a la vista y lo único que podía hacer era golpetear el agua en signo de desesperación.”

Algunas personas nacen hechas para agitar la bandera

Tras mi graduación emigré a Nueva York para estudiar en la St. John's Academy el grado de Periodismo, dejando Ohio atrás. No volví a pisar el 1060 de Richland Avenue tras la muerte de mi madre, un lustro después que la del alcohólico y veterano Richmond Reed. *¿Me oyes? ¿Puedes verme?*

Permanecí frente al volante unos segundos pensando en aquellas voces, cada vez se escuchaban más fuerte dentro de mi cabeza, y la jaqueca que había ganado tras gritarle a Arthur en el balcón aún seguía, más fuerte cada vez que volvía a oír hablar dentro de mí. Permanecí estático, solo mirando al frente mientras conducía hacia el sur por la I-95, a la altura de Chester, costearo el río Delaware.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Arthur preocupado.

No lograba reparar en esa pregunta. ¿Estaba también dentro de mí? *¿Te encuentras bien?* La pregunta daba vueltas en mi cabeza. La voz se volvió más visceral y mi madre se adueñó de ella: *¿Jason, hijo, te encuentras bien?* Estaba en el Hospital Memorial de Marion, tendido en una cama sobre un colchón tan duro como una pelota de béisbol, como mi vieja y querida pelota. Me sentía desnudo y dolorido. Mi madre sentada junto a mí, con sus grandes bolsas en los ojos y los parpados hinchados como un par de frutas, “como dos grandes manzanas”, pensé inocentemente.

—¡Oh, hijo! Estaba muy preocupada. Tremenda paliza te has ligado de parte de unos rufianes que te dejaron en West Huber al borde del colapso —dijo mientras se levantaba de la pequeña silla para comenzar a besarme y apretarme en signo de alegría—. No sé qué haría si te pasara algo, eres todo lo que me queda. ¿Qué has hecho para enojar a esos rufianes?

Quería responder, pero era solo un recuerdo, una huella. No algo que podía controlar como en un sueño, era más bien una imagen grabada de la situación. Algo que ocurrió y quedó congelado en 1953. Solo recuerdo que unos días después se supo por chusmerío del pueblo que esos muchachos estaban buscando en verdad a un chico llamado Jonas Red. Nunca supe de él, pero increíblemente unas letras casi me cuestan la vida.

Aquella reminiscencia seguía muy presente en mí. Solo el detalle de despertarme y verla a mi madre, tendida encima mío, preocupada, casi sin

esperanzas. Tengo razones para suponer que creyó que no volvería a despertar, que mi memoria moriría allí conmigo. Como comenzaba a suponer yo con Darcy, que mi último recuerdo sería el beso que compartimos en los asientos delanteros del Rambler, en la puerta del Hotel Pennsylvania, la noche anterior. Y que las últimas palabras que oíría de ella serían aquellas cuando contestó el teléfono. No quería eso, no quería matar las esperanzas, pero tampoco podía ya recordarla tan pura como era. Solo se me venía a la mente aquella mujer anciana con los ojos negros, los gusanos bailando en su nariz y el musgo saliendo de su boca.

—¿Jason, maldita sea! ¿Te encuentras bien? Presta atención al volante o chocaremos—. A medida que avanzábamos, un autobús Greyhound se dirigía en dirección a nosotros.

—¿Me oyes? ¿Puedes verme? —dije en voz alta, con la mirada fija hacia adelante, mientras el autobús seguía avanzando por el mismo carril que el Rambler, cada vez más cerca. La colisión era inminente.

—¿Cómo que si te oigo? ¿De qué rayos hablas, Jason? —Arthur me propinó una bofetada de revés que me hizo volver a aquellas paredes de cuero que cubrían el coche, del mismo color que la carrocería.

Me exalté nuevamente -como en aquel sueño cuando regresé a nuestra habitación de hotel- y vi el Greyhound a punto de impactar frente a nosotros. Tomé fuerte el volante y giré a la derecha con todas mis fuerzas mientras cerraba los ojos y aguardaba lo peor. Una ráfaga de recuerdos corrió por mi cabeza de manera instantánea: mi madre sentada junto a mí en el hospital, mi padre desvanecido en la Williamsburg Plaza con la botella en la mano; la primera vez que bese a aquella colorada de largos pies en la universidad; Annie, mi primera novia; Arthur sentado en la silla verde con su semblante observando el punto fijo, las sábanas del Hotel Dixon, el color de la sangre, la Smith & Wesson; y a la anciana de ojos negros con el musgo saliendo de su boca; y me recordé a mí hundiéndome en el pantano vestido con la chapa a nombre de Max Price.

Salimos despedidos por la orilla que delineaba la carretera y caímos en un pequeño surco impactando contra un montículo de tierra que detuvo la marcha.

—¿Qué demonios te ocurre? ¿En qué estabas pensando? Casi nos matas a los dos, maldonado.

Por primera vez desde que salimos del Dixon veía a Arthur tener un colapso de emociones. La rabia se le notaba en la mirada. Cuando abrí los ojos lo vi, tenía los puños a la altura de los hombros, quería golpearme, pero solo fue una ráfaga de insultos rememorando a mi pobre madre.

VI

Me encontraba ahora sentado en el capó del Rambler intentando recordar a Darcy otra vez. Ya no podía. Solo pensaba en el decrepito rostro cubierto de gusanos. Eso me enfurecía y me suscitaba un sentimiento de tristeza a la vez. Arthur había logrado separarme de ella y acabar la relación, y ahora todo lo ocurrido ese día -incluidos los sueños, especialmente los sueños- había acabado con lo único me quedaba y creía puro en el mundo: el recuerdo de Darcy. El auto permanecía allí, incrustado en el montículo de tierra como si ahí pretendiese quedarse. Arthur se encontraba fumando sus Pall Mall apoyado en el baúl del auto, con la corbata desarreglada y la camisa desabotonada casi hasta la zona del estómago. Me repuse y me acerqué para hablar con él, pero lo encontré serio, con el ceño fruncido y cruzado de brazos mientras daba largas pitadas.

—¿Puedes contarme más acerca de esa droga? Necesito saber qué tanta prisa debemos tener en la huida—. Continuaba dando pitadas a su cigarrillo mirando al frente, ignorando mi presencia como si fuese él quien debía estar furioso conmigo.

—Quizá debemos continuar a pie, Jason. Sigamos a pie y te contaré lo que quieras—. Ahora se lo escuchaba nervioso. Tenso, con voz trémula.

—Está bien— afirmé mientras me subía el cierre de la cazadora. Aquel tono no podía ser una buena señal.

Creo nunca haber visto tan tenso a Arthur en mi vida. Ni siquiera cuando supo que su válvula mitral no funcionaba de manera correcta y debía someterse a una operación para repararla. No es algo habitual en un adolescente -a excepción de un soplo, algo normal- que la sangre oxigenada proveniente de los pulmones no llegue de manera correcta al torrente sanguíneo. Su madre tuvo que

ser hospitalizada ya que sufrió un desmayo tan severo que la condenó a estar medicada de por vida, y a cargo de tres niños abandonados por su padre a temprana edad. Arthur era el mayor de los hermanos y ayudaba a su madre con un trabajo de medio tiempo en un taller mecánico en las afueras de Boston. De allí provenía.

Conocí a Arthur en el St. John's Academy. Ambos teníamos buenas pretensiones en cuanto al grado de Periodismo, pero él tuvo que dejar la carrera a medio hacer debido a la muerte de su madre en 1964. Aquella operación le valió su carrera, la vida de su madre y el deseo de formar parte de una guerra superflua en Indochina. Luego de que él volviese a Boston seguimos en contacto y cada verano yo viajaba a Dorchester donde pasábamos las tardes fumando marihuana y escuchando a Dave Clark Five y The Doors.

Caminamos por unas dos horas mientras arriba nuestro el sol se escondía. De cuando en cuando pasaba un coche junto a nosotros, ignorando las dos siluetas al costado de la carretera.

—No estoy seguro de dónde salió y tampoco la he probado. Yo no puedo consumir más que marihuana, sabes por... —se señaló el hemisferio izquierdo con el dedo índice—, pero el maldito de Haydes sí. Dijo que jamás volvería a consumirlo otra vez, aunque tengo mis dudas. Recuerda haber estado medio día desmayado en el piso de su casa bajo los efectos de esa porquería, y haber tenido unos sueños muy extraños.

Arthur se frenó y apoyó el maletín en su regazo. Lo abrió y sacó de adentro un pequeño recipiente de vidrio, del tamaño del dedo pulgar. Adentro se veía un líquido de color azul transparentado. Cerró el maletín y volvió a estar de pie. Luego lanzó el pequeño recipiente hacia mí y logré capturarlo pese a su tamaño y lo desprevenido que estaba.

—Solo dos gotas fueron suficientes para estar “muerto” medio día. No imagino una dosis aún más grande, y desconozco en cuánto puede llegar uno a consumir toda la ampolla. Vendimos casi por completo las cuatro mil dosis que nos dio Patton. Tengo también la teoría de que Haydes se volvió adicto: estuvo dos días desaparecido y sin siquiera contactarme, hace unas semanas. Falta-ban algunas ampollas, unas diez, y tenía la cara deshecha; tú sabes: dos grandes párpados, los ojos inyectados de sangre y estaba más delgado: un

“Aquello representó mi pérdida de fe en la humanidad, y en el sistema democrático del primer mundo. Millones y millones marchando a tierras orientales para evitar la propagación del Comunismo en Corea.”

aspecto de insomnio de días. Se excusó diciendo que se había intoxicado comiendo una hamburguesa del Burger Palace que se encuentra a dos manzanas de su casa. Luego de eso permanecía horas sin dormir y hablaba solo. Algunas veces se alertaba como si recién despertase o sentía que lo perseguían, pero...

Detuve la marcha e hice un ademán con el dedo sobre mis labios callándolo. Sentí una presencia, que alguien nos observaba. Giré la cabeza encima de mi hombro hacia la derecha y vislumbé una silueta, al parecer humana, que se aproximaba hacia nosotros. *¿Me oyes? ¿Puedes verme?* Mis ojos no pudieron evitar la exaltación al visibilizar una figura masculina, con americana y sombrero Trilby. Entré en pánico y no podía respirar. Mis manos temblaban a la vez que mi corazón con un doble compás acompañaba mi cara deformada por el horror que sentí. *Nos tienen*, pensé. *Nos encontraron*. No podía respirar. Miré a Arthur y se encontraba petrificado, congelado, y sorprendido del asombro. Sentí que todo se derrumbaba, los árboles comenzaron a teñirse de un color más oscuro que la propia oscuridad. De fondo todo se volvía gris y comenzaba a oír el cantar de unos cuervos, como si un sentimiento de maldad se adueñase de mi cabeza. Comencé a caerme: primero sobre mis rodillas y luego sobre mi hombro derecho con las manos tiesas hacia los bordes de mi cuerpo. Y todo se volvió negro...

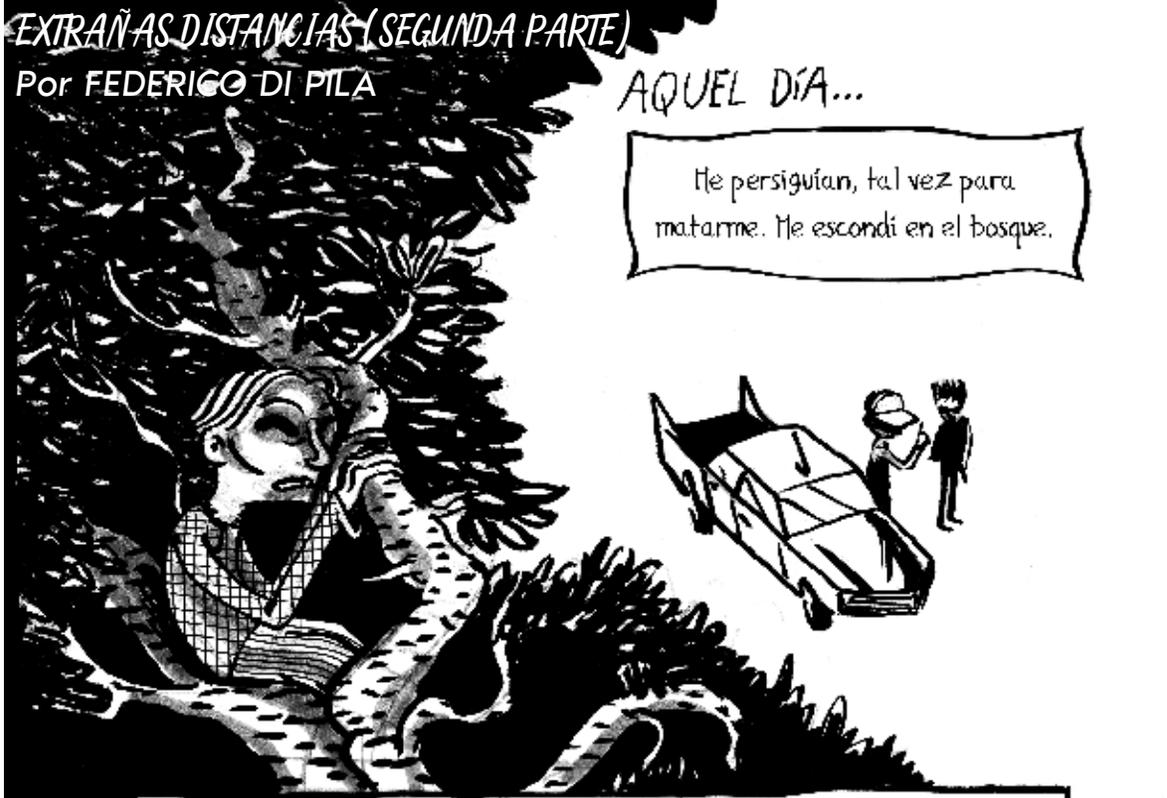
CONTINUARÁ...

EXTRAÑAS DISTANCIAS (SEGUNDA PARTE)

Por FEDERICO DI PILA

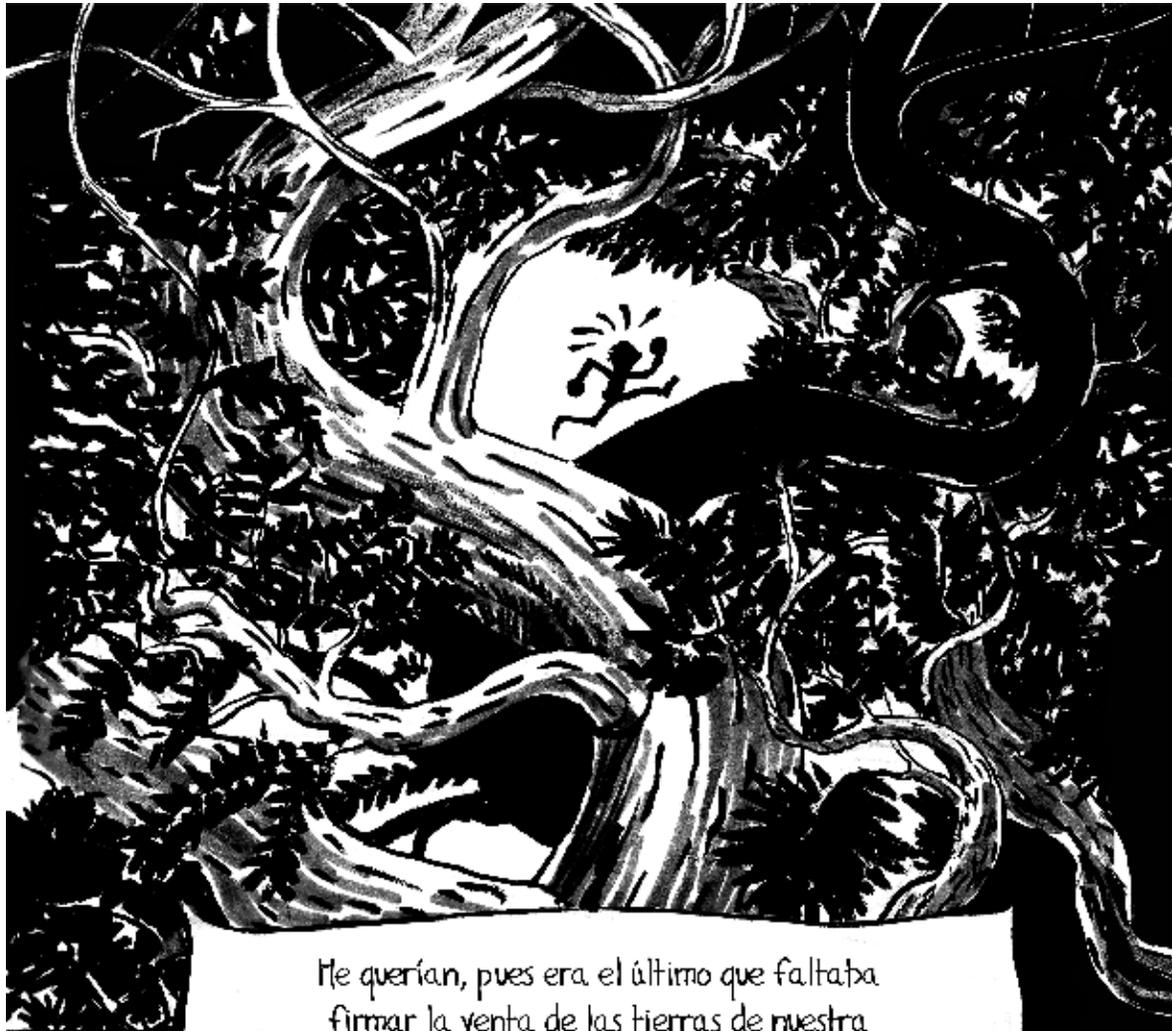
AQUEL DÍA...

Me perseguían, tal vez para matarme. Me escondí en el bosque.



Esas mierdas, fueron mandados por el "dulce" del gobernador.





Me querían, pues era el último que faltaba
firmar la venta de las tierras de nuestra
comunidad. Y no lo iba a hacer. Mientras corría
un pensamiento me asalto.





Y se me
fue la mano



Nunca imagine lo que se sentiría.
Aun hoy, trato de no pensar en eso.



El mayor problema era que nuevos sicarios, vendrían por mí
¡No podría contra todos!



CONTINUARÁ...

COPY OLDA A
PASTO MEJAVE, ME FUI

LAS ALMAS DANZANTES

Por MIKITA

Entre la agonía de la planta y el calor de los
cuerpos

Sobre pasto mojado y rocío insistente

Las almas danzan en el fuego

Vivas y alegres

Como vos, como yo

Entre el silencio in{cómodo} y el humo pegadizo

Sobre un tronco muy sucio y también húmedo

Las almas danzan en el fuego

Alzan los brazos, contentas

Como vos, como yo

Entre los abrazos reprimiendo el deseo

Y las manos que no paran de jugar

Sobre diario oloroso y frío in{sorportable}

Las almas danzan pero escapan del montón

Atrevidas, valientes

Como vos, como yo

Bajo un cielo estrellado, sobre ramas quemadas

Las almas mueren en pena

Se van consumiendo de tanto fuego

Como vos, como yo.



LA ESCUELA DEL CRIMEN

por *EdUARdo Galeano*

(Publicado en la edición impresa de *El País*, en julio de 1996)



Economía de importación, cultura de impostación, reino de la tilingüería: estamos todos obligados a embarcarnos en el crucero de la modernización. En las aguas del mercado, la mayoría de los navegantes está condenada al naufragio; pero la deuda externa paga, por cuenta de todos, los pasajes de la minoría que viaja en primera clase. Los empréstitos de la banca mundial, que permiten atiborrar de nuevas cosas inútiles a la minoría consumidora, actúan al servicio del purapintismo de nuestras clases medias y de la copianditis de nuestras clases altas; y la televisión se encarga de convertir en necesidades reales a las demandas artificiales que el norte del mundo inventa sin descanso y exitosamente proyecta sobre el sur y sobre el este. Pero ¿qué pasa con los millones y millones de jóvenes latinoamericanos condenados a la desocupación o a los salarios de hambre? Entre ellos, la publicidad no estimula la demanda, sino la violencia; entre ellas estimula la prostitución. Los avisos proclaman que quien no tiene no es: quien no tiene auto, o zapatos importados, o perfumes importados, es un nadie, una basura; y así la cultura del consumo imparte clases para el multitudinario alumnado de la escuela del crimen.

Al apoderarse de los fétiches que brindan existencia a las personas, cada asaltante quiere ser como su víctima. La tele ofrece el servicio completo: no sólo enseña a confundir la calidad de vida con la cantidad de cosas, sino que además brinda cotidianos cursos audiovisuales de violencia, que los videojuegos complementan. El crimen es el espectáculo más exitoso de la pantalla chica. "Golpea antes de que te golpeen", aconsejan los maestros electrónicos de niños y jóvenes. "Estás solo, sólo cuentas contigo". Coches que vuelan, gente que estalla: "Tú tam-

bién puedes matar".

Crece las ciudades, las ciudades latinoamericanas ya están siendo las más grandes del mundo, y con "las ciudades, a ritmo de pánico, crece el delito. Ciudades insomnes: unos no duermen por la necesidad de atrapar las cosas que no tienen, otros no duermen por el miedo de perder las cosas que tienen.

La ansiedad consumidora no es la única profesora de la escuela del crimen. Ella actúa acompañada por la injusticia social, una profesora muy eficaz en sociedades donde la opulencia ofende escandalosamente al hambre, y también dicta allí sus lecciones la impunidad del poder, que enseña predicando con el mal ejemplo en sociedades donde los que mandan matan y roban sin remordimiento ni castigo.

“La ansiedad consumidora no es la única profesora de la escuela del crimen. Ella actúa acompañada por la injusticia social, una profesora muy eficaz en sociedades donde la opulencia ofende escandalosamente al hambre.”

Este mundo del final de siglo, que convida a todos al banquete pero cierra la puerta en las narices de la mayoría, es al mismo tiempo igualador y desigual. Nunca el mundo ha sido tan *desigual* en las oportunidades que brinda, pero tampoco ha sido nunca tan *igualador* en las ideas y las costumbres que impone. La *igualación* obligatoria, que actúa contra la diversidad cultural del bicho humano, impone un totalitarismo simétrico al totalitarismo de la *desigualdad* de la economía, impuesto por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otros fundamentalistas de la libertad del dinero. En el mundo sin alma que se nos obliga a aceptar como único mundo posible no hay pueblos, sino mercados; no hay ciudadanos, sino consumidores; no hay naciones, sino empresas; no hay ciudades, sino aglomeraciones; no hay relaciones humanas, sino competencias mercantiles.

Nunca ha sido menos democrática la economía mundial, nunca ha sido el mundo más escandalosamente injusto. La desigualdad se ha duplicado en treinta años. En 1960, el 20% de la humanidad, el que más tenía, era treinta veces más rico que el 20% que más necesitaba. En 1990, la

“La economía mundial necesita un mercado de consumo en perpetua expansión para que no se derrumben sus tasas de ganancia, pero a la vez necesita, por la misma razón, brazos que trabajen a precio de ganga en los países del sur y el este del planeta.”

diferencia entre la prosperidad y el desamparo había crecido al doble, y era de sesenta veces. Y en los extremos de los extremos, entre los ricos riquísimos y los pobres pobrísimos, el abismo resulta mucho más hondo. Sumando las fortunas privadas que año tras año exhiben, con obscena fruición, las páginas pornofinancieras de las revistas *Forbes* y *Fortune*, se llega a la conclusión de que 100 multimillonarios disponen actualmente de la misma riqueza que 1.500 millones de personas.

La desigualación económica tiene quien la mida. El Banco Mundial, que tanto hace por multiplicarla, la confiesa, por ejemplo, en su *World development report* de 1993. Y la confirman las Naciones Unidas (*United Nations development programme, Human development report*, 1994). La *igualación* cultural, en cambio, no se puede medir. Sus demoleedores progresos, sin embargo, rompen los ojos. Los medios de comunicación de la era electrónica, mayoritariamente puestos al servicio de la incomunicación humana, nos están otorgando el derecho a elegir entre lo mismo y lo mismo, en un tiempo que se vacía de historia y en un espacio universal que tiende a negar el derecho a la identidad de sus partes. Se hace cada vez más unánime la adoración de los valores de la sociedad de consumo.

La economía mundial necesita un mercado de consumo en perpetua expansión para que no se derrumben sus tasas de ganancia, pero a la vez necesita, *por la misma razón*, brazos que trabajen a precio de ganga en los países del sur y el este del planeta. La segunda paradoja es hija de la primera: el norte del mundo dicta órdenes de consumo cada vez más imperiosas, dirigidas al sur y al este, para multiplicar a los consumidores, pero en mucho mayor medida multiplica a los delincuentes.

La invitación al consumo es una invitación al delito. Leyendo las páginas policiales de los diarios se aprende más sobre las contradicciones sociales que en las páginas sindicales o políticas. Allí están los alegres mensajes de muerte que la sociedad de consumo emite.

POSTRES DE ABUELA

Por HUGO CANAL BIALY

*Que cocine guisos de madre, postres de abuela y torres de caramelo"-
Sui Generis, "Necesito"*

FOTO: Valeria Ferrari



Mantenemos lazos de complicidad, cariño y confesiones con los abuelos, nos malcrian y comprenden como no logran nuestros padres y genéticamente nos transfieren su legado con alguna característica para enfrentar la vida y defendernos ante la realidad y la madurez.

Mi abuela, la última de los cuatro que me quedaba, se llamaba Remedios, como la esposa del Gral. San Martín, y como su nombre lo expresaba curaba todos los males y era un bálsamo para nietos y un placer escucharla para amigas y vecinas que la visitaban.

Entre los recuerdos de mi infancia, las tortas de 80 golpes, marca registrada de la nona, los helados de dulce de leche, elaborados en vasitos de aluminio y un postre especial que ella manejaba a la perfección: los turroncitos Lola, eran delicias de su especialidad. Gran asadora, cebadora de mate y emprendedora de las hortalizas para

tener su propia quinta, siempre nos inculcó que no nos detengamos ante los obstáculos que nos presentaba la existencia, uno podía superarse y buscar siempre un mejor resultado, cuando ella te consolaba o alentaba a convertirte en tu propio superhéroe.

Me regaló uno de los juguetes que marcó mi infancia, un batimóvil a pilas, que destruyó mi hermano años más tarde y que fue protagonista de mi primer cuento publicado en la antología del taller literario de la biblioteca.

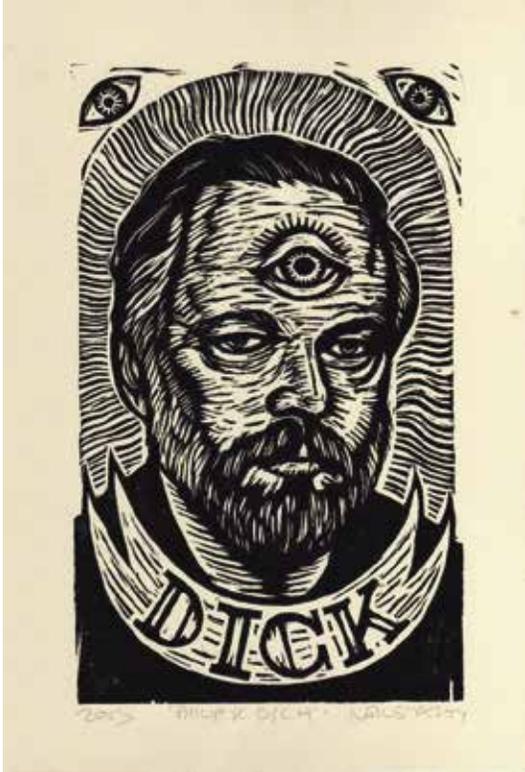
Sus anécdotas y memoria envidiable la convirtieron en matriarca con dedicación y una inteligencia para recordar fechas, nombres de familiares, hechos sucedidos en el pueblo y nombres de actores, inclusive en qué película habían participado, y de qué año aproximadamente eran. Tan animada su conciencia, que la considerábamos una especie de Mirtha Legrand familiar.

"Doña Medicamentos", como se refería a ella un médico cercano a la familia, supo disfrutar a

Algo para nosotros, temponautas

A little something
for us temponauts (1974)

Por PHILIP K. DICK



Addison Doug avanzaba, con aire exhausto, por el largo sendero de lajas redondas hechas de madera sintética, paso a paso, la cabeza baja y como si le agobiase un enorme dolor físico. La joven le veía llegar, sufriendo ella también al darse cuenta de su dolor y su cansancio, pero al mismo tiempo se alegraba de que al menos estuviese allí. Paso a paso el hombre avanzó hacia ella sin levantar la cabeza, automáticamente... como si hubiese recorrido aquel camino muchas veces, pensó ella de pronto. Conoce el camino demasiado bien. *¿Por qué?*

—¡Addi! —gritó y echó a correr hacia el hombre con deseos de ayudarlo—. Dijeron por la televisión que estabas muerto. ¡Que todos habíais muerto!

El hombre se detuvo y con una mano esbozó el

gesto de echarse hacia atrás el pelo, que ya no era largo. Se lo habían cortado antes del lanzamiento. Pero sin duda lo había olvidado.

—¿Crees algo de lo que ves en la televisión? —dijo, y siguió avanzando, con pausas y vacilante, pero sonriendo ahora. Alargó la mano hacia ella.

«Dios, qué bueno es poder tocarle y sentir sus manos en mí —pensó la joven—. Aún tiene más fuerzas de las que yo creía».

—Estaba a punto de buscar a alguien —jadeó—. Alguien que te reemplazase.

—Te rompo la cabeza si lo haces —contestó él—. De todas formas no es posible, nadie puede reemplazarme.

—Pero ¿qué pasó con la implosión, al volver? Dicen que...

—Lo he olvidado —contestó él con el tono que solía usar cuando quería decir: no voy a hablar de ello. Este tono la había irritado siempre antes, pero no ahora. Esta vez se dio cuenta de lo horrible que debía de ser el recuerdo—. Voy a quedarme en tu casa un par de días —continuó él diciendo, mientras avanzaban juntos por el sendero hacia la puerta abierta de la casa, en forma de A—. Quiero decir, si estás de acuerdo. Benz y Crayne se reunirán conmigo más tarde. Quizá esta misma noche. Tenemos mucho que hablar y que calcular.

—Entonces, sobrevivisteis los tres —dijo ella mirando su rostro demacrado—. Nada de lo que dijeron en la televisión... —Comprendió al fin, o creyó comprender—. Era una historia inventada. Por razones políticas o para engañar a los rusos, me imagino. Para que la Unión Soviética crea que el lanzamiento fue un fracaso, debido a vuestra entrada, al volver...

—No —dijo él—. Un crononauta ruso se reunirá con nosotros, probablemente. Para ayudarnos a calcular lo que ha sucedido. El General Toad dice que hay ya uno en camino hacia aquí. Ya le han concedido el pase. A causa de la gravedad de la situación.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, sorprendida—. Entonces, ¿para quién inventaron esa historia?

—Vamos a beber algo primero —dijo Addison—, y luego intentaré explicarte lo que yo sé.

—Lo único que tengo de momento es un poco de brandy californiano.

Addison dijo:

—No importa lo que sea. Bebería cualquier cosa, tal y como me siento.

Se derrumbó sobre el sofá, echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un suspiro agobiado, mientras la joven se apresuraba a preparar bebida para los dos.

La radio del coche estaba diciendo:

«... Apenados ante el trágico giro que han tomado los acontecimientos, a partir de un imprevisto...».

—Palabrería oficial —dijo Crayne cerrando el aparato. Iba en el coche con Benz y les resultaba difícil encontrar la casa. Sólo habían estado allí una vez. Crayne pensó que era una manera bastante informal de reunirse en conferencia para un asunto de tal importancia, esto de darse cita en casa de la chica de Addison, allí en las afueras de Ojai. Tenía la ventaja, sin embargo, de que no les molestarían los curiosos. Y no disponían de mucho tiempo. Aunque esto era difícil de saber. Nadie podía asegurarlo.

A ambos lados de la carretera se veían colinas que en un tiempo estuvieron cubiertas de bosques. Ahora los caminos de entrada a las casas y las irregulares carreteras de plástico fundido estropeaban el paisaje por todas partes, pensó Crayne.

—Apuesto a que esto fue muy hermoso en el pasado —le dijo a Benz, que iba conduciendo.

—La Floresta Nacional de los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí en ella una vez cuando tenía ocho años. Pasé horas y horas en el bosque, pensando que iba a morderme una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una serpiente.

—Bueno, pues ya te ha mordido ahora —dijo Crayne.

—A todos nosotros —añadió Benz.

—Sabes —dijo Crayne—, es una experiencia terrible esto de estar muerto.

—Habla por ti.

—Pero técnicamente...

—Si haces caso de lo que dice la radio y la televisión —dijo Benz volviendo hacia él su cara de gnomo, muy seria—, no estamos más muertos que la demás gente que vive en este planeta. La única diferencia es que la fecha de nuestra muerte está inscrita en el pasado, mientras que la de los otros corresponde a un momento incierto del futuro. Algunos de ellos la tienen bien fijada, sin embargo; por ejemplo, los que están en un hospital de cancerosos. Para ellos es tan seguro como lo es para nosotros. Más aún. Fíjate en esto: ¿cuánto tiempo podemos quedarnos aquí antes de tener que regresar? Disponemos de un margen que los cancerosos graves no tienen.

Crayne respondió con acento cáustico:

—Pronto vas a decirme que hemos de alegrarnos por no sentir dolores.

—Addi los tiene. Le vi partir dando bandazos esta mañana. Los tiene psicósomáticamente y se han convertido en una dolencia física. Como si Dios le estuviese metiendo la rodilla en el cuello. Lleva demasiado peso sobre sí y no es justo. Pero no se queja en voz alta. Sólo de vez en cuando enseña sus llagas —sonrió al decir esto.

—Addi tiene más razones para vivir que nosotros.

—Todo hombre tiene más razones para vivir que ningún otro hombre. Yo no tengo una chica con la que acostarme, pero me gustaría ver las puestas de sol sobre Riverside Freeway unas cuantas veces más. No son las cosas que tienes para vivir lo que cuenta, sino las ganas que tienes

“—La Floresta Nacional de los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí en ella una vez cuando tenía ocho años. Pasé horas y horas en el bosque, pensando que iba a morderme una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una serpiente.

—Bueno, pues ya te ha mordido ahora —dijo Crayne.”

de verlas, las ganas que tienes de estar ahí... Eso es lo más triste de nuestro caso.

Continuaron rodando en silencio.

Los tres temponautas estaban sentados, fumando, en el saloncito de la casa de la joven. Se lo tomaban con calma. Addison Doug estaba pensando que la chica tenía una expresión más provocativa y deseable que nunca, con su suéter blanco muy ajustado y su microfalda. Ojalá que no estuviese tan provocativa. Él no tenía fuerzas para eso ahora, tal y como se sentía por dentro. Demasiado cansancio.

—¿Sabe ella de lo que se trata? —preguntó Benz señalando a la chica—. Quiero decir, ¿podemos hablar abiertamente? ¿No le sorprenderá demasiado?

—Aún no le he dado ninguna explicación —dijo Addison.

—Pues será mejor que lo hagas —comentó Crayne.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo ella, con un sobresalto, poniéndose una mano entre los dos montículos de sus pechos, como si quisiera tocar algún símbolo religioso que no estaba allí. Addison se quedó pensativo un momento.

—Fuimos aspirados al hacer la entrada —dijo Benz, que era realmente el más cruel del grupo. O por lo menos el más brusco—. Verá usted, señorita...

—Hawkins —dijo ella en un susurro.

—Encantado de conocerla, señorita Hawkins —dijo Benz observándola de arriba abajo con su habitual frialdad—. ¿Tiene usted además un nombre?

—Merry Lou.

—Muy bien, Merry Lou —dijo Benz. Los otros dos hombres observaban la escena en silencio—. Parece uno de esos nombres que las camareras llevan cosidos en la blusa. «Me llamo Merry Lou y voy a servirle la cena, y el desayuno, y el almuerzo durante los próximos días, o durante los días que sean hasta que abandonen la partida y vuelvan a su propio tiempo. Serán cincuenta y tres dólares y ocho centavos, por favor; propina no incluida. Y espero que no vuelvan nunca, ¿me oye?». —Había empezado a temblarle la voz. Y el cigarrillo también—. Lo siento, señorita Hawkins —dijo, y añadió luego—: Estamos todos desqui-

“Parecía una escena vivida previamente, y de pronto comprendió. Estamos en un círculo cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas por él, tratando de resolver el problema de entrada, imaginando siempre que es la primera vez, la única vez..., y sin resolverlo nunca.”

ciados con este lío de la entrada. La implosión, ya sabe. Tan pronto como llegamos nos enteramos de la cosa. En realidad, lo hemos sabido antes que nadie.

—Pero no podíamos hacer nada —dijo Crayne.

—Nadie puede hacer nada —le dijo Addison, y le pasó el brazo por la cintura. Parecía una escena vivida previamente, y de pronto comprendió. Estamos en un círculo cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas por él, tratando de resolver el problema de entrada, imaginando siempre que es la primera vez, la única vez..., y sin resolverlo nunca. ¿Qué número será esta tentativa? Quizá sea la millonésima. Quizá nos hemos sentado aquí un millón de veces, analizando los mismos hechos una vez y otra y sin llegar a ningún sitio. Se sentía cansado hasta la médula, al pensar esto. Y experimentó al mismo tiempo una especie de odio filosófico que envolvía a los otros dos hombres, porque ellos no tenían este enigma que resolver. Todos vamos al mismo sitio, como dice la «Biblia». Pero..., lo que pasa es que nosotros tres hemos estado allí ya. Estamos allí, *en este mismo momento*. De manera que es tonto pedir que permanezcamos en la superficie de la Tierra y discutamos y nos preocupemos tratando de averiguar lo que ha funcionado mal. Son nuestros herederos quienes tendrían que hacerlo. Nosotros ya hemos hecho bastante.

No lo dijo en voz alta, sin embargo. Por los o-

tros.

—Quizá tropezasteis con algo —sugirió la joven.

Mirando hacia los otros dos, Benz dijo, con sarcasmo:

—Si, quizá «tropezamos» con algo.

—Los comentaristas de la televisión continúan diciendo eso —insistió Merry Lou—. Que el peligro de la entrada estaba en encontrarse fuera de fase espacial y, por lo tanto, chocar con algún objeto tangente a nivel molecular. Cualquier objeto... —hizo un gesto—. Ya sabéis, «dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo». De modo que todo saltó, por esta razón.

Hizo una pausa y miró en torno, con aire interrogador.

—Ese, desde luego, es el mayor agente de riesgo —asintió Crayne—. Por lo menos en teoría, según calculó el doctor Fein, de planeamiento, cuando llegaron a la cuestión de imprevistos. Pero disponíamos de muchos sistemas de seguridad, con tal de que funcionasen automáticamente. La entrada no podía tener lugar a menos que estos aparatos nos hubiesen estabilizado espacialmente, para que no nos amontonásemos sobre algo. Naturalmente todos ellos pueden haber fallado en secuencia. Uno detrás de otro. Estuve haciendo todas las comprobaciones en el momento del lanzamiento y todas ellas coincidían en que estábamos en la fase conveniente, en aquel momento. No oí tampoco ninguna señal de aviso.

De pronto dijo Benz:

—¿Os dais cuenta de que nuestros más próximos parientes son ahora ricos? Les corresponden todas las primas de nuestros seguros de vida fede-

rales y comerciales. Nuestros «parientes más próximos»... ¡Dios del cielo! Pero si somos nosotros mismos. Podemos pedir el pago de muchos miles de dólares, en mano. Entrar en la oficina de seguros y decir simplemente: estamos muertos. Venga la pasta.

Addison Doug estaba pensando en los funerales públicos. Lo tenían ya todo preparado, para después de las autopsias. Aquella larga hilera de «Cadillacs» negros, desfilando por la Avenida Pennsylvania, seguida de todos los dignatarios del Gobierno y de todos los condenados científicos. *Y nosotros estaremos allí*. No de una manera, sino de dos: dentro de los féretros de roble, con incrustaciones de metal y las banderas por encima, y al mismo tiempo de pie, en coches abiertos, saludando a la muchedumbre del cortejo fúnebre.

—Las ceremonias —dijo en voz alta.

Los otros se quedaron mirándole, sin acabar de comprender. Y luego, uno tras el otro, comprendieron. Pudo verlo en sus rostros.

—No —dijo Benz, con voz ronca—. Eso no es posible.

Crayne sacudió la cabeza con énfasis:

—Nos darán la orden de estar allí, y allí estaremos. Cuestión de disciplina.

—¿Tendremos que *sonreír* también? —exclamó Addison—. ¿*Sonreír* como cabrones?

—No —dijo el General Toad lentamente, su cabeza de pavo oscilando sobre su cuello de escoba. Tenía la piel ajada y llena de manchas, como si el gran peso de las condecoraciones que colgaban de su pecho y del cuello rígido de su guerrera hubiesen iniciado un proceso de ruina en su organismo—. No tienen ustedes que *sonreír*, sino, por el contrario, adoptar una actitud condoli-

Ediciones **Rocamadour**



¿CONOCES NUESTRA PÁGINA WEB?

www.edicionesrocamadour.com.ar

Ingresá y seguí leyendo historias originales



da, como corresponde a las circunstancias. A tono con el duelo nacional que preside la ocasión.

—Eso va a resultar un tanto difícil —dijo Crayne. El crononauta ruso no dijo nada. Su cara angulosa de pájaro, que aún parecía comprimida bajo los auriculares de traducción simultánea adosados a sus orejas, parecía abstraída y preocupada.

—La nación entera notará su presencia entre nosotros, una vez más, durante este breve intervalo. Las cámaras de todas las cadenas de televisión del país apuntarán hacia ustedes sin previo aviso y los comentaristas han sido ya instruidos para que le digan al público lo siguiente. —Sacó una hoja de papel mecanografiado del bolsillo, se caló las gafas, se aclaró la garganta y soltó su perorata—: «Estamos enfocando ahora tres figuras que vienen juntas en un coche. No podemos reconocerlas aún del todo. ¿Pueden ustedes?». —el General Toad bajó la hoja escrita—. Al llegar a este punto interrogarán también a sus colegas. Y por fin exclamarán: «Pero Roger... o Walter, o Ned», según las circunstancias del caso...

—O Bill —interrumpió Crayne—, en el caso de que se trate de la Cadena *Bufonidae*, que opera desde el pantano.

El General Toad ignoró la frase y siguió diciendo:

—En líneas generales exclamarán: «Pero, Roger, me parece que estamos viendo a los tres temponautas en persona. ¿Significa esto que el problema ha sido...?». Y el colega comentarista responderá con voz ligeramente más sombría: «Lo que estamos viendo en esta ocasión, David (o Henry, o Peter, o Ralph, según los casos), creo que es la primera comprobación práctica de lo que los técnicos llaman la *Actividad del Tiempo de Salida*, es decir la ATS. Contrariamente a lo que pudiera parecernos a primera vista, estos no son —repito no son— nuestros tres valientes temponautas propiamente dichos, sino más bien su imagen, recogida por nuestras cámaras, suspendida temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, en principio, era el siglo próximo... Pero según parece hubo una constricción en su lanzamiento y aquí están ahora, entre nosotros, en lo que conocemos como el presente».

Addison Doug cerró los ojos y se quedó pensando; seguro que Crayne va a preguntarle ahora si las cámaras no podrían enfocarle comiendo algo-

dón de azúcar y con un globo en la mano. Creo que todos nos hemos vuelto locos con este enredo. Luego se preguntó: ¿cuántas veces habremos pasado ya por esta estúpida rutina?

«No puedo demostrarlo; sin embargo —pensó con fatiga—, sé que es cierto. Hemos estado sentados aquí muchas veces ya, oyendo estas mismas palabras sin sentido». Se estremeció al pensarlo. Cada palabra que oía...

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Benz, inquisitivo.

El crononauta soviético tomó la palabra por primera vez desde su llegada y preguntó a bocajarro:

—¿Cuál es el máximo intervalo posible de ATS para su equipo de tres hombres? Y ¿qué porcentaje de este tiempo se ha consumido ya?

Crayne dijo, al cabo de una pausa:

—Ya nos instruyeron al respecto antes de que viniésemos aquí, hoy. Hemos consumido aproximadamente la mitad del tiempo de intervalo ATS.

—Sin embargo —interrumpió el General Toad—, hemos previsto que el *Día de Duelo Nacional* caiga dentro del plazo que aún queda. Esto nos obliga a acelerar la autopsia y demás investigaciones forenses, pero en vista del sentimiento público creímos nuestro deber...

«La autopsia», pensó Addison Doug, y de nuevo sintió un estremecimiento. Esta vez no pudo contenerse y dijo:

—¿Por qué no dejamos toda esta tontería para otro momento y nos acercamos a Patología, para ver unos cuantos cortes de tejido coloreado en el microscopio? Tal vez hasta seamos capaces de dar unas cuantas ideas que ayuden a la ciencia médica a encontrar algunas de las respuestas que están buscando. Respuestas, explicaciones, eso es lo que se necesita. Explicaciones para problemas que no existen aún. Ya desarrollaremos los problemas más tarde. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quién está de acuerdo?

—No quiero ver mi páncreas en la pantalla de proyección —dijo Benz—. Iré al desfile, pero no estoy dispuesto a tomar parte en mi propia autopsia.

—Podrías distribuir cortes microscópicos coloreados de tus propios tejidos entre las personas que asistan al desfile —dijo Crayne—. Cada uno de nosotros podría llevar una bolsita llena de ellos, como si fuesen *confeti*. ¿Qué le parece, Ge-

neral? Creo que, al fin y al cabo, sonreiremos.

—He estado revisando el archivo sobre todo lo que se refiere a la sonrisa —replicó el General Toad, pasando algunas de las páginas que había apiladas frente a él—. Y el resultado de esta revisión demuestra que la sonrisa está fuera de lugar, ya que no concuerda con el sentimiento público. De manera que esta cuestión queda cerrada. Por lo que se refiere a presenciar la autopsia que en estos momentos se está llevando a cabo...

—Nos la vamos a perder si nos quedamos aquí sentados —le dijo Crayne a Addison—. Siempre me pierdo lo mejor.

Sin hacerle caso, Addison se dirigió al crononauta soviético:

—Oficial N. Gauki —dijo en el micrófono que colgaba de su pecho—, ¿cuál cree usted que es el mayor terror con el que tiene que enfrentarse un viajero del espacio? ¿Que ocurra una implosión debida a la yuxtaposición al entrar, como ha sucedido con nuestro lanzamiento? ¿O hay otras obsesiones traumatizantes que usted y su compañero experimentaron durante su breve pero altamente prometedor viaje temporal?

N. Gauki respondió, después de una pausa:

—R. Plenya y yo intercambiamos opiniones sobre el particular en varias ocasiones. Creo que puedo hablar por los dos si digo, respondiendo a su pregunta, que nuestro miedo más constante era el de que pudiésemos entrar en un círculo cerrado de tiempo del que nos sería imposible escapar.

—¿Se repetiría para siempre? —preguntó Addison Doug.

—Sí, señor A. Doug —respondió el crononauta, con un sombrío asentimiento de cabeza.

Un miedo que no había experimentado hasta entonces se apoderó de Addison. Volviéndose hacia Benz murmuró:

—¡Mierda!

Y quedaron mirándose el uno al otro.

—No creo que sea esto lo que haya sucedido —dijo Benz en voz baja al cabo de unos instantes, poniendo una mano sobre el hombro de Doug, que es el abrazo de la amistad—. Simplemente implotamos al entrar, eso es todo. Tranquilízate.

—¿Podríamos levantar la sesión pronto? —preguntó Addison, con voz ahogada, incorporándose en su silla. El cuarto entero, y la gente que había en él le ahogaban.

«*Claustrofobia* —pensó—. *Como cuando es-*

tando en el colegio proyectaron un test sorpresa en las máquinas de enseñanza y vi que no podía pasarlo».

—Por favor —dijo sencillamente, levantándose. Todos se quedaron mirándole con expresiones diferentes. La cara del ruso era la más comprensiva y las líneas de su rostro mostraban su preocupación. Addison hubiera deseado...

—Quiero irme a casa —les dijo, y se sintió como un imbécil.

Era ya muy tarde, por la noche, en un bar del Hollywood Boulevard, y estaba borracho. Afortunadamente, Merry Lou estaba con él y lo estaba pasando estupendamente. Por lo menos eso decía la gente. Se agarró a Merry Lou.

—El verdadero significado de la vida —dijo—, su más alta expresión, está en la pareja hombre-mujer. En su unidad absoluta. ¿Tengo razón?

—Sí, ya lo sé —dijo Merry Lou—. Lo estudiamos en clase.

Esa noche, a petición suya, Merry Lou era una rubia menuda, vestida con pantalones acampanados, tacones altos y una blusa recogida por encima del ombligo. Un rato antes llevaba una piedra de lapislázuli en el hoyito, pero se le había perdido durante la cena en *Ting Ho*. El dueño del restaurante les había prometido continuar buscando por todas partes, pero Merry Lou se había quedado muy triste desde entonces. Era simbólico, dijo. Pero no dijo de qué. O por lo menos él no podía recordarlo. Quizá era esto lo que ocurría. Ella le había dicho lo que significaba y él lo había olvidado.

“¿Cuál cree usted que es el mayor terror con el que tiene que enfrentarse un viajero del espacio? ¿Que ocurra una implosión debida a la yuxtaposición al entrar, como ha sucedido con nuestro lanzamiento?”

Un negro elegante, vestido con chaqueta a rayas y una corbata muy llamativa, sentado en una mesa cercana, no dejaba de mirar a Addison desde hacía un buen rato. Era obvio que tenía ganas de ir a su mesa y no se atrevía. Entretanto no cesaba de mirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de saber exactamente lo que va a ocurrir un momento después? —le preguntó Addison a Merry Lou—. ¿Lo que alguien va a decir, palabra por palabra? ¿Hasta en los menores detalles? Como si ya hubiese vivido la escena.

—A todos nos ocurre alguna vez —dijo Merry Lou, sorbiendo su *Bloody Mary*.

El negro se levantó y fue hacia ellos. Se detuvo junto a Addison.

—Perdone si le molesto, señor —dijo.

Addison se volvió hacia Merry Lou:

—Ahora va a decir: «¿No le conozco de alguna parte? ¿No le he visto en la televisión?»

—¡Eso es precisamente lo que quería decirle! —exclamó el negro.

Addison dijo:

—Sin duda ha visto mi foto en la página 46 del *Time* de esta semana, en la sección de nuevos descubrimientos médicos. Yo soy el médico rural de una pequeña ciudad en Iowa que ha sido catapultado a la fama por mi invención de un sistema muy difundido y al alcance de todos para conseguir la vida eterna. Varias de las grandes empresas farmacéuticas están ya dedicándose a la fabricación de mi vacuna.

—Ahí debe de ser donde vi su foto —dijo el negro, pero no parecía muy convencido. Tampoco estaba borracho. Clavó la mirada en Addison—. ¿Me permite que me sienta con ustedes?

—Claro —respondió Addison. Y vio ahora en la mano del hombre la marca del departamento de seguridad que se había ocupado del proyecto desde el principio.

—Señor Doug —dijo el agente de seguridad, sentándose a su lado—. Realmente no debería estar aquí hablando de esa manera. Igual que le he reconocido yo, podría reconocerle cualquier otra persona y sufrir un síncope. Técnicamente, está usted violando un estatuto federal al estar aquí. ¿Se da usted cuenta de esto? Tendría que arrestarle. Pero es una situación difícil. No queremos armar jaleo y hacer una escena. ¿Dónde están sus dos colegas?

—En mi casa —dijo Merry Lou. Era obvio que no había visto la marca identificadora—. Escuche —añadió con tono cortante—, ¿por qué no se larga?

Mi marido ha pasado por una prueba sumamente dura y ésta es la primera oportunidad que tiene de relajarse.

Addison miró al hombre.

—Sabía lo que iba a decirme antes de que se acercase.

Palabra por palabra, pensó para sí. Tengo razón y Benz está equivocado, y esta escena va a continuar repitiéndose una y otra vez.

—Quizá —dijo el agente— pueda convencerle de que vuelva a casa de la señorita Hawkins voluntariamente. Llegó un mensaje hace apenas unos minutos —se golpeó con un dedo el pequeño auricular que llevaba en la oreja derecha— con la consigna, a todos nosotros, de que se lo transmitiéramos a usted, urgentemente, si le localizábamos. En las ruinas de la torre de lanzamiento... han estado buscando entre los escombros, ¿sabe?

—Ya, ya lo sé —dijo Addison.

—Creen que han encontrado una primera pista. Uno de ustedes trajo algo consigo. Algo de ATS, además de lo que llevaron en la salida y violando todas sus instrucciones de entrenamiento.

—Déjeme que le pregunte una cosa —le interrumpió Addison—. Supongamos que alguien me ve. Supongamos que me reconoce. Bueno, ¿y qué?

—El público está convencido de que aunque fallase la operación de entrada, el vuelo por el tiempo, el primer lanzamiento americano de vuelo por el tiempo, fue un éxito. Tres temponautas americanos fueron proyectados a cien años de distancia en el futuro, casi el doble de lo que consiguieron los soviéticos el año pasado. El hecho de que en realidad sólo fuera una semana representará un choque menor para la opinión si creen que ustedes tres decidieron por propia voluntad manifestarse de nuevo en este continuum porque querían estar presentes, de hecho se sentían obligados a estar presentes...

—En el desfile —le interrumpió Addison—. Por partida doble, además.

—Se vieron compelidos a asistir al dramático y sombrío espectáculo de su propio funeral y serán enfocados allí por las cámaras de las más importantes cadenas de televisión. Señor Doug, el coste y el trabajo que ha supuesto todo esto, en los más altos niveles, con objeto de subsanar una situación difícil, son enormes. Pero será más fácil para el público, y esto es de vital importancia si es que se ha de hacer un nuevo lanzamiento. Eso es, a fin de

cuentas, lo que todos deseamos.

Addison Doug se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que deseamos?

Con cierta vacilación, dijo el agente de seguridad:

—Hacer nuevos viajes en el tiempo. Como han hecho ustedes. Desgraciadamente, ustedes no pueden repetirlo, a causa de la trágica implosión y la muerte que sufrieron. Pero otros temponautas...

—¿Queremos qué? ¿Es eso lo que queremos? —repitió Addison levantando la voz. La gente estaba mirándolos desde las mesas cercanas. Mirándolos con nerviosismo.

—Sin duda —respondió el agente—. Y no grite.

—Yo no quiero eso —dijo Addison—. Yo quiero parar. Parar para siempre. Tumbarme en el suelo, sobre el polvo. No ver más veranos..., siempre el mismo verano.

—Ves uno y ya los has visto todos —dijo Merry Lou históricamente—. Creo que tiene razón, Addi. Vámonos de aquí. Tú has bebido demasiado, y es tarde. Además esas noticias sobre el...

Addison la interrumpió:

—¿Qué es lo que alguien trajo? ¿Cuánta masa extra?

—El análisis preliminar —contestó el agente de seguridad— indica que maquinaria con un peso de más de cuarenta kilos fue introducida en el campo de tiempo del módulo y traída con ustedes. Esta masa... —hizo un gesto con la mano— es lo que hizo saltar todo en el acto. No se pudo compensar ese exceso respecto a lo que en un principio había en el área de lanzamiento.

—¡Uauh! —exclamó Merry Lou con los ojos muy abiertos—. Quizá alguien os vendió un fonógrafo cuadrifónico por un dólar noventa y ocho centavos, con micrófonos de suspensión aérea de cinco centímetros y provisión de discos de Neil Diamond para toda la vida. —Intentó reír, pero no pudo. En lugar de ello se le nublaron los ojos—. Addi —susurró—, lo siento. Pero parece... brujería. Quiero decir que es absurdo. Todos habíais sido informados sobre esta cuestión del peso, en la entrada, ¿no es así? No podíais añadir ni una tinta de papel a lo que habíais llevado a la salida. Yo misma vi al doctor Fein demostrando en la televisión las razones que había para esto. ¿Y uno de vosotros se trajo cuarenta kilos de maquinaria consigo? Sin duda queríais autodes-truirlos, al hacer algo semejante.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Una de ellas le resbaló por la nariz y se quedó colgando de la punta. Addison alargó una mano para secársela, como si se tratase de una niña, en lugar de una mujer adulta.

—Voy a llevarle hasta el lugar del análisis —dijo el agente de seguridad y se levantó. Entre él y Addison ayudaron a Merry Lou a ponerse de pie. Estaba temblando mientras se tomó el último sorbo de su *Bloody Mary*. Addison sintió pena por ella, pero se le pasó enseguida. Se preguntó por qué. Uno puede cansarse de todo, incluso de tener sentimientos, pensó, o de preocuparse por alguien. Cuando todo se prolonga y se repite demasiado. Cuando se repite siempre. Y al final acaba convirtiéndose en algo que ni el mismo Dios quizá ha tenido que sufrir. Y aceptar.

Mientras atravesaban el bar lleno de gente hacia la calle, Addison le preguntó al agente de seguridad:

—¿Cuál de nosotros tres...?

—Ellos ya saben quién fue —respondió el agente abriendo la puerta para Merry Lou. Luego se quedó detrás de Addison haciendo señas a un vehículo federal gris para que aterrizase en el área roja de aparcamiento. Otros dos agentes de seguridad, de uniforme, corrieron hacia el grupo.

—¿Fui yo? —preguntó Addison Doug.

—Será mejor que se haga a la idea —contestó el agente de seguridad.

La procesión funeraria descendía con dolorosa solemnidad por la Avenida Pennsylvania, los tres féretros cubiertos por banderas, seguidos de docenas de coches. A los lados, filas compactas de gentes con pesados abrigos, tiritando de frío. Una neblina húmeda se cernía sobre la ciudad, y la línea de edificios grises servía de marco a la sombría marcha a través de Washington.

Escudriñando el *Cadillac* que iba a la cabeza de la procesión con sus prismáticos, Henry Cassidy, primer comentarista de noticias y sucesos públicos de la Televisión, se dirigió a su vasto auditorio invisible.

—... *tristes memorias de aquel tren del pasado, llevando el féretro de Abraham Lincoln a través de los campos de trigo hacia la capital de la nación, donde habían de descansar. ¡Qué día tan triste es éste también y qué apropiado el tiempo para la circunstancia, con sus oscuras nubes tor*

mentosas y su llovizna! —En su monitor vio cómo la cámara enfocaba al cuarto Cadillac, aquel que seguía a los que llevaban los féretros de los temponautas muertos. Su técnico le tocó en el brazo.

—*Parece que estamos enfocando ahora tres figuras desconocidas, que van juntas en aquel coche* —dijo Henry Cassidy en el micrófono que le colgaba del cuello, mientras asentía con la cabeza—. *No soy capaz de identificarlas, por el momento. ¿Puedes ver tú mejor desde donde estás, Everett?* —preguntó a su colega, al mismo tiempo que apretaba el botón que indicaba al otro que debía reemplazarle en las ondas.

—*Pero, Henry* —exclamó Branton con tono cada vez más excitado—. *¡Creo que estamos realmente contemplando a los tres temponautas americanos tal y como se manifiestan en su histórico viaje hacia el futuro!*

—*¿Significa eso* —preguntó Cassidy— *que han sido capaces de resolver de alguna forma el...?*

—*Me temo que no, Henry* —dijo Branton con voz profunda y apesadumbrada—. *Lo que estamos contemplando con gran sorpresa es la primera visión que tiene el mundo occidental de lo que los técnicos llaman Actividad del Tiempo de Salida.*

—*Ah, sí, AT5* —dijo Cassidy con tono satisfecho, leyendo el guión oficial que le habían entregado las autoridades federales antes de la emisión.

—*Eso es, Henry. Contrariamente a lo que puede parecer a primera vista, éstos no son, repito, no son, nuestros tres valientes temponautas como tales, es decir...*

—*Ya entiendo, Everett* —interrumpió Cassidy con voz emocionada, ya que el guión decía textualmente: *Cass interrumpe con emoción—. Nuestros tres bravos temponautas están ahora en suspenso en su histórico viaje hacia el futuro, que ha de extenderse aproximadamente a un siglo a partir de ahora... Parece que la gran pena y el drama de este día inesperado han hecho que decidan...*

—*Siento interrumpirte, Henry* —dijo Branton al llegar a este punto—, *pero me parece que la procesión ha detenido su marcha con objeto de que podamos...*

—*¡No!* —dijo Cassidy leyendo una nota que acababan de entregarle, garrapateada a toda prisa:

No entreviste a los temponautas. Urgente. Olvide instrucciones previas—. No creo que podamos... —continuó— *hablar brevemente con los temponautas Benz, Crayne y Doug, como tú esperabas, Everett.*

Diciendo esto comenzó a hacer señas desesperadas al equipo del micrófono-grúa que ya había empezado a girar y extenderse hacia el coche que los llevaba. Con la cabeza les hizo signos negativos al técnico del micrófono y al suyo propio.

Al ver que el micrófono se dirigía hacia ellos, Addison Doug se puso de pie en la parte trasera del Cadillac. Cassidy dejó escapar un gruñido. Ese hombre quiere hablar, pensó. ¿No le habrán dado nuevas instrucciones? ¿Por qué me lo dicen sólo a mí? Otros micrófonos-grúa, representando a otras cadenas, así como varios entrevistadores de radio, a pie, se precipitaban ya hacia el Cadillac de los temponautas, con objeto de ponerles los micrófonos delante, sobre todo delante de Doug. Doug estaba ya empezando a hablar, en respuesta a una pregunta que acababa de hacerle un reportero. Con su propio micrófono desconectado, Cassidy no pudo oír ni la pregunta ni la respuesta. De mala gana dio la señal para que conectasen de nuevo.

—...antes —estaba diciendo Doug en voz bien alta y clara.

—*¿De qué modo? ¿Quiere decir que todo esto ha sucedido ya?* —preguntó el reportero de la radio que estaba en pie junto al coche.

—*Quiero decir* —declaró el temponauta americano Addison Doug, con el rostro enrojecido y tenso— *que yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes y nuestra entrada una cantidad de veces sin fin. Que es un ciclo cerrado de tiempo que nos envuelve y que hay que romper.*

“Yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes y nuestra entrada una cantidad de veces sin fin. Que es un ciclo cerrado de tiempo que nos envuelve y que hay que romper.”

¡Atención, escritores, Ediciones Rocamadour convoca!



Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, Revista Rocamadour puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas.

Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente corregido, ilisto a ser publicado!



NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web:
www.edicionesrocamadour.com.ar
Mail: Alejandrotorres_lp@hotmail.com

—Sí, eso es lo que estamos haciendo —dijo el temponauta Benz.

—Tratamos de averiguar la causa de la violenta implosión y eliminarla antes de regresar —añadió el temponauta Crayne, asintiendo con un gesto de cabeza—. Hemos averiguado ya que, por razones desconocidas, una masa de casi cuarenta kilos de varias partes de motor de un Volkswagen, incluyendo cilindros, la cabeza de...

«Esto es terrible», pensó Cassidy.

—¡Es sorprendente! —dijo en voz alta, en su micrófono—. Los ya trágicamente fallecidos temponautas americanos, con una determinación que sólo puede venir del entrenamiento y la disciplina rigurosos a que han estado sometidos (y entonces nos preguntábamos por qué, pero ahora vemos los resultados) han analizado ya las causas del imprevisto mecánico que motivó la implosión y fue el responsable, evidentemente, de sus muertes, y han empezado el laborioso proceso de clarificación de posibilidades con objeto de poder regresar a su lugar de lanzamiento y efectuar la entrada sin accidente.

—Uno se pregunta —murmuró Branton por el micrófono y auricular interiores— cuáles pueden ser las consecuencias de esta alteración del pasado próximo. Si cuando regresen no hay implosión, y no mueren... bueno, resulta demasiado complicado para mí, Henry, comprender estas paradojas que el doctor Fein nos ha hecho notar repetidas veces, con suma elocuencia, en los Laboratorios de Distorsión del Tiempo, en Pasadena.

Entretanto el temponauta Addison estaba diciendo para todos los micrófonos que le rodeaban, aunque con más calma ahora:

—No debemos eliminar la causa de la implosión en la entrada. El único camino de que disponemos para escapar de esta trampa es la muerte. La muerte es la única solución. Para nosotros tres.

Su perorata quedó interrumpida al ponerse de nuevo en marcha la procesión de *Cadillacs*.

Henry Cassidy cerró su micrófono momentáneamente y dijo, dirigiéndose a su técnico:

—¿Se ha vuelto loco?

—Sólo el tiempo puede decirlo —respondió éste— en tono apenas audible.

—Un extraordinario instante en la historia americana de los viajes por el tiempo —dijo lue-

“Dios mío, de la manera que hablaba se diría que ha pasado ya por esto durante mil años y algunos más. No me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo.”

luego Cassidy para las ondas—. Sólo el tiempo puede decir, y ustedes me perdonarán la frase, no intencionada, si las crípticas observaciones del temponauta Doug, improvisadas en unos momentos de intenso sufrimiento para él y en cierto modo para todos nosotros, son las palabras de un hombre perturbado por el dolor, o resultan por el contrario una aguda premonición del macabro dilema que teóricamente hemos sabido desde el principio que existía, que existía y que podía descargar su golpe mortal, sobre el lanzamiento de un viaje por el tiempo, ya sea nuestro o de los rusos.

Cortó después, para dar paso a un anuncio comercial.

—Sabes —dijo la voz de Branton en su oído, no para el público, sino solamente para el cuarto de control y para él—, en el caso de que tenga razón, sería mejor que los dejaran morir.

—Tendrían que dejarlos libres —convino Cassidy—. Dios mío, de la manera que hablaba se diría que ha pasado ya por esto durante mil años y algunos más. No me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo.

—Te apuesto cincuenta dólares —dijo Branton— a que han pasado ya por esto antes de ahora. Muchas veces.

—Entonces, nosotros también —observó Cassidy.

Empezó a caer la lluvia en aquel momento y las filas de espectadores se convirtieron en una masa reluciente. Las caras, los ojos, incluso los trajes, todo brillaba con reflejos de luz rota, chispeante, mientras los nubarrones se hacían cada vez más oscuros por encima de ellos.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Branton.

«¿Quién sabe?», pensó Cassidy. Lo único que deseaba era que el día terminase cuanto antes.

El crononauta soviético N. Gauki levantó ambas manos con calma y empezó a hablar a los americanos, a través de la mesa. Su voz tenía un gran tono de urgencia:

—En mi opinión y en la de mi colega R. Plenya, que ha sido honrado con el título de Héroe del Pueblo Soviético por los resultados que obtuvo como pionero de los viajes por el tiempo, y basándonos en nuestra propia experiencia y en el material teórico desarrollado en los círculos académicos americanos y en la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creemos que los temores del temponauta A. Doug pueden estar justificados. Su destrucción deliberada de sí mismo y de sus dos compañeros, al hacer la entrada cargado con un peso extra de partes de automóvil, en violación de las órdenes que recibiera, debe considerarse como el acto de un hombre desesperado que no encuentra ningún otro medio de escape. Naturalmente la decisión está en manos de ustedes. Nosotros sólo tenemos una posición de consejeros en este asunto.

Addison Doug estaba jugando con su encendedor, encima de la mesa, y no respondió siquiera. Le zumbaban los oídos y estaba pensando en lo que este zumbido podía significar. Tenía una cierta cualidad electrónica. Quizá estamos de nuevo dentro del módulo, pensó. Pero no lo percibía. Lo único que percibía era la realidad de la gente que estaba en torno a la mesa, la mesa misma, el encendedor que sostenía entre los dedos. No se puede fumar mientras se entra en el módulo, pensó, y volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo.

—No tenemos prueba ninguna —estaba diciendo ahora el General Toad— de que se haya establecido un círculo cerrado de tiempo. Lo único concreto es la sensación de fatiga que experimenta el señor Doug. Su convencimiento de que ha pasado por todo esto en repetidas ocasiones. Como él mismo dice, se debe sin duda a una reacción psicológica. —Empezó a hurgar entre los papeles que tenía delante—. Tengo aquí un informe, que no se ha comunicado a los medios informativos, y que procede de cuatro psiquiatras de Yale, referente a su estructura psicológica. Aunque generalmente de carácter muy estable, tiene una marcada tendencia

hacia la ciclotimia, que culmina en un estado de depresión aguda. Naturalmente ya se tuvo esto en cuenta antes de efectuar el lanzamiento, pero se calculó que los caracteres alegres de los otros dos componentes del equipo contrarrestarían esta tendencia de una manera funcional. De una forma u otra, esa tendencia depresiva suya está ahora en una fase muy aguda. —Tendió el informe con una mano, pero ninguno de los reunidos lo cogió—. ¿No es cierto, doctor Fein —continuó diciendo—, que una persona que sufre depresión aguda percibe el tiempo de una manera peculiar, como si fuese un círculo cerrado en el que no hace más que dar vueltas y vueltas, sin poder salir de él ni llegar a ninguna parte? La persona sufre tal grado de neurosis que se niega a dejar escapar su pasado. Su pasado da vueltas en su cabeza continuamente.

—Pero —dijo el doctor Fein— esta sensación subjetiva de sentirnos atrapados es quizá lo que todos experimentaríamos si el círculo cerrado de tiempo cobrase existencia.

El doctor Fein era el médico investigador cuyos trabajos habían servido de base teórica para el proyecto.

—El General —dijo Addison Doug— está utilizando palabras que no comprende.

—Me he informado sobre las que no conocía antes —respondió el General Toad—. Sé lo que significan los términos psiquiátricos técnicos.

“Su destrucción deliberada de sí mismo y de sus dos compañeros, al hacer la entrada cargado con un peso extra de partes de automóvil, en violación de las órdenes que recibiera, debe considerarse como el acto de un hombre desesperado que no encuentra ningún otro medio de escape.”

Benz le preguntó a Addison Doug:

—¿Dónde encontraste todas esas piezas de Volkswagen, Addi?

—Todavía no lo sé —respondió Addison.

—Probablemente recogió la primera chatarra que encontré —dijo Crayne—. Lo primero que le vino a las manos, antes de que iniciásemos el regreso.

—Antes de que vayamos a iniciar el regreso —le corrigió Addison.

—Éstas son mis instrucciones para ustedes tres —dijo el General Toad—. No van a intentar producir ningún daño, ni implosión, ni mal funcionamiento durante la entrada, ya sea cargando una masa de peso extra o por cualquier otro medio. Van a regresar según está programado, de acuerdo con los ensayos previos. Esto se refiere a usted principalmente, señor Doug.

En aquel momento empezó a sonar el teléfono que había a su derecha. El General frunció el entrecejo y descolgó el auricular. Hubo una pausa, y luego, con una especie de gruñido, volvió a colocar el aparato en su horquilla, de golpe.

—Órdenes cambiadas —dijo el doctor Fein.

—Sí, en efecto —admitió el General—. Y debo decir que personalmente me alegro de que sea así, porque la decisión que había tomado era bastante desagradable.

—Entonces podemos preparar la implosión al entrar —dijo Benz al cabo de una pausa.

—Son ustedes tres los que tienen que tomar la decisión —dijo el General Toad—, ya que son sus vidas las que están en juego. Quedan libres de actuar según lo consideren oportuno. De la forma que prefieran. Si están convencidos de que se encuentran presos en un círculo cerrado de tiempo, y creen que una implosión masiva al entrar puede romperlo... —hizo una pausa, al tiempo que Doug se ponía en pie—. ¿Va a hacer usted otro discurso, Doug?

—Sólo quiero dar las gracias a todos los que de una manera o de otra participan en esta empresa, por dejarnos decidir —dijo Doug, y paseó su mirada cansada por todos los individuos que estaban sentados en torno a la mesa—. Les aseguro que lo estimo en lo que vale.

—Sabes —dijo Benz lentamente—, el hecho de que implotemos al entrar tal vez no arregle nada, ni logre romper el círculo cerrado. En realidad, tal vez lo mantenga, Doug.

—No si nos mata a los tres —replicó Crayne.

—¿Estás de acuerdo con Addi, entonces? —pre-

guntó Benz.

—La muerte es la muerte —dijo Crayne—. He estado pensando sobre ello. ¿Qué otra forma nos queda de salir de esto? Sólo morir. No hay otra salida.

—Puede que no estén en ningún círculo —observó el doctor Fein.

—Pero también puede que estemos en él —dijo Crayne.

Doug, que permanecía de pie, se dirigió a Crayne y a Benz y les dijo:

—¿Podríamos hacer participar a Merry Lou en nuestra decisión?

—¿Por qué? —preguntó Benz.

—No puedo ya pensar con claridad —contestó Doug—. Pero creo que Merry Lou puede ayudarme. Dependo mucho de ella.

—Bien, de acuerdo —dijo Benz. Y Crayne asintió con la cabeza.

El General Toad miró estoicamente su reloj de pulsera y dijo:

—Caballeros, creo que esto da por terminada nuestra conferencia.

El crononauta soviético Gauki se quitó los auriculares y el micrófono de cuello y se precipitó hacia los tres temponautas con la mano extendida. Por lo visto estaba diciendo algo en ruso, pero ninguno de los tres podía entenderlo. Así que se retiraron en grupo, con aire sombrío.

—En mi opinión, estás loco, Addi —dijo Benz—. Pero parece que ahora estoy en minoría.

—En caso de que *tenga* razón —dijo Crayne— y aunque no haya más que una posibilidad en un billón de que tengamos que volver una y otra vez, para siempre, creo que eso basta para justificarlo.

—¿Podríamos ir a ver a Merry Lou? —preguntó Addison—. ¿Ir a su casa ahora?

—Está esperándonos fuera —dijo Crayne.

El General Toad fue hacia los tres temponautas, se colocó en medio de ellos y dijo:

—Sabén, lo que hizo que se adoptase esta decisión fue la reacción del público durante el desfile, ante su manera de comportarse y lo que usted dijo, Doug. Los consejeros de la NSC llegaron a la conclusión de que la gente prefería, como usted mismo, que todo acabase de una vez. Les consuela más saber que está ya usted libre de su misión que salvar el proyecto y conseguir una entrada perfecta. Creo realmente que causó profunda impresión en ellos, Doug, con todas sus

lamentaciones —dijo alejándose.

—Olvidalo —le dijo Crayne a Addison Doug—. Olvida a todos los que son como él. Haremos lo que tenemos que hacer.

—Merry Lou me lo explicará —dijo Doug—. Ella sabrá qué es lo que hay que hacer, y qué es lo mejor.

—Voy a buscarla —dijo Crayne—, y luego los cuatro podemos ir en el coche a alguna parte, a su casa tal vez, y decidir sobre la cuestión. ¿De acuerdo?

—Gracias —le contestó Addi, asintiendo con una inclinación de cabeza. Miró a su alrededor, como si quisiera buscarla, saber dónde estaba. Quizá en el cuarto contiguo, pensó—. Aprecio mucho tu gesto.

Benz y Crayne cambiaron una mirada de entendimiento. Doug se dio cuenta, pero no sabía lo que significaba. Lo único que sabía era que necesitaba de alguien, y de Merry Lou más que de ningún otro, para que le ayudase a ver claro y comprender la situación. Y para librar a los otros dos de ella si es que era posible.

Merry Lou los condujo en su coche hacia el norte de Los Ángeles, por la autopista de Ventura y luego por el interior hasta Ojai.

Todos iban en silencio. Merry Lou conducía bien, como siempre. Apoyado contra el hombro de la joven, Addison Doug se abandonó a una especie de paz temporal.

—No hay nada como tener una chica que te lleve en coche —dijo Crayne al cabo de muchos kilómetros de rodar en silencio.

—Es una sensación casi aristocrática —murmuró Benz— esto de tener una mujer que se ocupe del volante. Un privilegio de la nobleza, o algo por el estilo.

—Hasta que choca con algo —dijo Merry Lou—. Con algún trasto lento y pesado.

“Con una linterna de mano que sacaron de la bolsa de herramientas los tres examinaron el interior de la caja. Addison miró temeroso lo que contenía. Eran piezas oxidadas de motor de un Volkswagen. Aún estaban grasientas.”

Addison dijo de pronto:

—¿Qué es lo que pensaste cuando me viste llegar a tu casa por el sendero, el otro día? Dímelo francamente.

—Parecía... —contestó la chica— como si lo hubieses hecho ya muchas veces. Parecías enormemente cansado, a punto de morir. Al final, pensé... —vaciló un momento—. Lo siento, Addi, pero eso es lo que parecía; pensé que conocías el camino demasiado bien.

—Como si lo hubiese recorrido muchas veces.

—Eso es —convino ella.

—Entonces votas por la implosión —dijo Addison Doug.

—Bueno...

—Sé sincera conmigo —dijo él.

Merry Lou se limitó a contestar:

—Mira en el asiento trasero. La caja que va en el suelo.

Con una linterna de mano que sacaron de la bolsa de herramientas los tres examinaron el interior de la caja. Addison miró temeroso lo que contenía. Eran piezas oxidadas de motor de un Volkswagen. Aún estaban grasientas.

—Las cogí de un montón de chatarra en un garaje extranjero que hay cerca de mi casa —dijo Merry Lou—. Cuando iba hacia Pasadena. Los primeros hierros que vi que parecían suficientemente pesados. Les oí decir por televisión, cuando el lanzamiento, que cualquier cosa que pesara entre los veinte y los...

—Bastará —dijo Doug—. Ya ha bastado.

—No vale la pena, entonces, que vayamos hasta tu casa —intervino Crayne—. Queda decidido. Mejor que cambiemos de rumbo hacia el sur y vayamos directamente al módulo. Y que iniciemos las operaciones. —Su voz era intensa y aguda, al mismo tiempo—. Gracias por su voto, señorita Hawkins.

—Estáis todos tan cansados —dijo ella.

—Yo no —replicó Benz—. Lo que estoy es furioso. Furioso hasta el límite.

—¿Furioso conmigo? —preguntó Addison.

—No lo sé —contestó Benz—. Sólo sé que es... un infierno.

Luego se hundió en un silencio pesado, recogido sobre sí mismo, inerte. Alejado por completo de todos los otros que iban en el coche.

Al llegar al primer cruce de intersección Merry Lou viró hacia el Sur. La invadía ahora una extra-

ña sensación de libertad y Addison también sintió que empezaba a sentirse libre del peso y de la fatiga que le agobiaban.

El receptor que cada uno de ellos llevaba en la muñeca empezó a zumbear con la señal de aviso. Los tres se sobresaltaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Merry Lou, accionando los frenos.

—Tenemos que ponernos en comunicación con el General Toad lo antes posible, por teléfono —dijo Crayne. Luego señaló con el dedo—. Ahí delante hay una estación de gasolina de la *Standard*. Métase por allí, señorita Hawkins. Telefonaremos desde la estación.

Pocos minutos después Merry Lou detenía el coche frente a la gasolinera, cerca de la cabina.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

—Hablaré yo primero —dijo Doug, al tiempo que saltaba del coche. Malas noticias, pensó, sonriendo para sí. ¿Qué malas noticias pueden ser ya? Entró rígidamente en la cabina, cerró la puerta tras de sí, metió la moneda en la ranura del aparato y marcó el número.

—¡Bien! Aquí tengo lo que se llaman noticias —dijo el General Toad cuando el operador le puso en comunicación—. Es una suerte que pudiésemos dar con ustedes. Espere un minuto. Voy a dejar que se lo diga el doctor Fein en persona. Le creará a él más que a mí. —Siguieron varios clics metálicos y por fin se oyó la voz, académica y precisa, del doctor Fein. Precisa, pero un poco más aguda que de costumbre, a causa de la excitación.

—¿Cuáles son las malas nuevas? —preguntó Doug.

—No son necesariamente malas —se oyó la voz al otro extremo del hilo—. Hemos hecho trabajar los computadores después de nuestra conferencia y según parece..., en fin, es probable, desde un punto de vista estadístico, aunque aún no haya sido verificado del todo, que tenga usted razón, Addison. Se encuentran ustedes dentro de un círculo cerrado.

Addison Doug se sintió estallar de cólera. «Condenado hipócrita —pensó—. Estoy seguro que lo ha sabido en todo momento».

—Sin embargo —continuó diciendo el doctor Fein, tartamudeando un poco, a causa de la emoción—, también creo..., es decir, hemos calculado que las mayores probabilidades de

mantener el círculo como está es hacer implosión al entrar. ¿Me comprende, Addison? Si carga toda esa chatarra oxidada e implota, las posibilidades estadísticas de cerrar el círculo para siempre son mucho mayores que si entra normalmente y todo marcha bien.

Addison Doug no respondió.

—En realidad, Addi, y ésta es la cuestión sobre la que tengo que insistir, una implosión en la entrada, y especialmente una implosión masiva y calculada como la que estamos preparando... ¿Se entera de lo que le digo, Addi? ¿Me comprende bien? ¡Por Dios...! Una implosión semejante *garantizaría* que el círculo quedará cerrado sin remedio. Es algo que nos ha preocupado desde el principio. —Siguió una breve pausa—. ¿Addi? ¿Está usted ahí?

Addison Doug se limitó a estas palabras:

—Quiero morir.

—Eso se debe a la fatiga que experimenta, a causa del círculo. Sólo Dios sabe cuántas veces han...

—No —dijo Doug y se dispuso a colgar.

—Déjeme que hable con Benz y Crayne —dijo el doctor Fein rápidamente—. Por favor, antes de que intenten una nueva entrada. Especialmente con Benz. Me gustaría hablar con él en particular. Por favor, Addison. Por el bien de ellos. Su casi total agotamiento...

Addison colgó el teléfono y salió de la cabina.

Cuando volvió a subir al coche oyó que los dos receptores de alerta estaban zumbando aún.

—El General Toad dijo que la llamada automática que nos envió los mantendrá aún zumbando durante un rato —dijo a sus compañeros. Y cerró la puerta del coche—. Adelante.

—¿No quiere hablar con nosotros? —preguntó Benz.

—El General quería que supiésemos —dijo Addison— que tienen algo para nosotros. El Congreso ha votado una citación especial por nuestro valor o alguna otra idiotez por el estilo. Una clase de medalla que nunca habían otorgado hasta ahora. Y nos la concederán con carácter póstumo.

—Demonios, es la única forma en que pueden concedérsela —dijo Crayne.

Merry Lou se echó a llorar al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Será un descanso —dijo Crayne mientras

el coche se dirigía hacia la autopista— cuando todo haya acabado.

No va a tardar mucho ahora, pensó Addison.

Los receptores de alerta continuaban zumbando en sus muñecas.

—Os van a volver locos —dijo Addison—, con todas esas voces burocráticas mezcladas.

Los otros se volvieron a mirarle. Había en aquella mirada interrogante una cierta inquietud no exenta de perplejidad.

—Sí —dijo Crayne, por último—, estas alertas automáticas son una auténtica lata. —Parecía cansado.

Tan cansado como yo, pensó Addison. Y al darse cuenta del paralelismo se sintió mejor. Porque venía a demostrar que estaba en lo cierto.

Gruesas gotas de lluvia golpeaban contra el parabrisas. Había empezado a llover muy fuerte. Esto le gustó. Le recordaba una de las experiencias más emocionantes que había tenido durante su corta vida: la procesión de su propio entierro, cuando avanzaba lentamente a lo largo de la Avenida Pennsylvania, con las banderas cubrien-

do los féretros. Cerró los ojos, se recostó en el asiento y por fin se sintió bien. Escuchaba en torno suyo las lamentaciones de los asistentes al desfile. Y algo dentro de su cabeza soñaba con la medalla del Congreso. Concedida al cansancio infinito, pensó. Una medalla especial por estar cansado.

Se vio también en otros desfiles y en la muerte de muchos otros, aunque en realidad no era más que una misma muerte y un mismo desfile. Coches que avanzaban lentamente por las calles de Dallas, y también con el doctor King... Se vio a sí mismo volviendo una y otra vez, en su círculo cerrado de vida, al mismo funeral que no podía olvidar, y que ellos no podían olvidar tampoco. Él siempre estaría allí, y ellos también estarían. Ocurriría repetidamente, y todos volverían una y otra vez, al lugar y al momento donde querían volver. Al suceso que había significado más para ellos.

Este era el don que le hacía a la gente, a su país. Le había legado al mundo un maravilloso peso: el temido y agotador milagro de la vida eterna.

Cumplehomenaje / Agosto

Todos los días hay un escritor que celebrar. Y si bien AGOSTO ha sido el mes de nacimientos tan prolíficos como el de Herman Melville, Isabel Allende, Guy de Maupassant, Charles Bukowski, Emilio Salgari, Ray Bradbury, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, León Tolstoi, Goethe, Mary Shelley entre muchos otros, queremos traerte esta poesía de la escritora rumana Herta Müller nacida el 17 de agosto de 1953 (y Premio Nobel), llamada MADRE SE CONVIRTIÓ EN UNA ORTIGA:

Madre se convirtió en una ortiga
Padre se convirtió en un álamo
en lugar de esto me dijo uno
durante la cena
todo amor se nos convierte en lampazo
yo sé en lo que él se convirtió

y cómo yo me empaqueto
pero me gustaría ser la espuma
en la boquilla del clarinete
el penumbroso dinero de los ladrones
o el flaco ladrido de los perros
contra la marca de las costillas de una
chaqueta.

POSTALES

ROSARIO BLEFARI

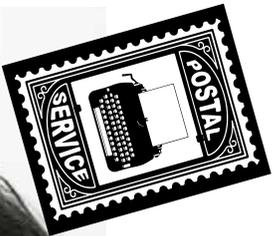


Figura indiscutida de la movida indí de los 90, líder de la banda Suárez. Tras 5 discos y un EP, se separaron en 2001 y volvieron en 2016 con un show a pura nostalgia en el Centro Cultural Konex, en ocasión de estrenarse un documental sobre la agrupación rockera: Entre dos luces, dirigido por Fernando Blanco. El disco más popular de Suárez Excursiones, contiene el máximo hit de la banda: "Río Paraná", llegando a presentarse en Badía y compañía. Blefari desarrolló una carrera como solista (7 discos) y participó como actriz en películas independientes, siendo actriz fetiche de Martín Rejman en Silvia Pietro y Los guantes mágicos (compariendo pantalla con Vicentico), dejando una última actuación en la aún inédita Planta permanente, de Ezequiel Radusky. El 12 de marzo de 2010 participó del denominado "Ciclo inconcluso", en el Centro Cultural de España. Rosario Blefari compartió mesa con Horacio González (por entonces director de la Biblioteca Nacional, y ensayista) y Fito Páez (Músico, director de cine y también escritor). En ese encuentro la versátil artista habló de su etapa escribiendo y confesó que una de sus muestras más extravagantes fue sobre volantes de bandas de rock. Autora de La música equivocada, Poemas en prosa y Antes del río (poemas); Mis ejemplos y Las reuniones (cuentos); Somos nuestro cerebro y Somos nuestros genes (teatro). Buscando la autogestión para lanzar sus libros de poemas, publicó con las editoriales argentinas Mansalva y Rosa Iceberg o la chilena Lecturas Ediciones. "A veces la especialización hace perder la noción de los diferentes lenguajes que atraviesan las artes", resume su interacción en tantas disciplinas y fue pionera en la enseñanza de letras de canciones en el Centro Cultural Rojas. "Soy como una especie de ferra consignada por mí", fue la manera de autodefinirse en su texto póstumo "La confianza se entrena", especie de diario íntimo de sus días en La Pampa, en la casa de su padre. Con apenas 54 años, a causa de un infarto, falleció el 6 de julio de 2020, aunque venía afectada por un cáncer. Nos dejó su espíritu rebelde, una multifacética creadora, que también transitó el periodismo con sus columnas en la Agenda de Buenos Aires, con un diario de domingo intimista e ingenioso. Listo para ser publicado dejó Diario del dinero, con análisis que elaboró durante años para economistas y sociólogos y curiosidades para los que se preguntan cómo vivía una chica como ella.

CRISTO CIBERNÉTICO

Por ALEJANDRO TORRES



Entonces la mariposa que una vez había sido Chuang Tzu soñaba que era una mariposa, soñó que era un hombre, Chuang Tzu, y por tanto no sintió miedo del camaleón y pudo dormir sin temor.

Sueño de la mariposa, Chuang Tzu

A lo largo de su vida Philip K. Dick (digámosle PKD) trató de responder dos preguntas básicas para toda persona: ¿Qué constituye al auténtico ser humano? y ¿Qué es la realidad?

Para buscar estas respuestas escribió alrededor de 36 novelas y más de ciento veinte cuentos. Utilizando universos ficticios que parecen razonables y coherentes en su manera de describirlos, sus personajes siempre se mueven por presentes diferentes pero decadentes. No parece haber futuros distópicos en sus tramas, sino respuestas a las preguntas que se hacía constantemente, porque después de todo, ¿quién puede probar que vivimos en la Tierra; que Alemania y Japón no ganaron la guerra o que no estamos muertos?

Víctima de su época, muchas de sus historias narran las consecuencias de la posguerra y el resultado de la Guerra Fría con gobiernos autoritarios, drogas experimentales para el control mental, seres de otros planetas y otras épocas evocando realidades tan distintas como sus cuentos.

Si bien vivió y desarrolló su carrera durante la época dorada de la ciencia ficción, PKD admitió haberse acercado a este género para tratar temas filosóficos: *Soy un escritor filósofo, no un novelista; mi habilidad para escribir novelas e historias es empleada como un medio para formular mi percepción. El núcleo de mi escritura no es el arte, sino la verdad... Creo que entiendo el elemento común de quienes se interesan por mi escritura: ellos no pueden o no quieren acallar sus propios instintos acerca de la naturaleza irracional y misteriosa de la realidad.*

Pero es desde 1974 que Philip Kindred Dick tornó su vida por completo a la predestinación de ser ele-

gido por una fuerza mayor (¿un Dios?) convirtiéndose en una especie de **Cristo Cibernético**.

Se puede dividir su producción literaria en tres partes: etapa política (1951-1960), etapa metafísica (1961-1970) y la tercera etapa, la mesiánica, (1971-1982). Es en esta última etapa donde Philip K. Dick escribe *VALIS* (1981), *La invasión Divina* (1981) y *La transmigración de Timothy Archer* (1982), su trilogía semiautobiográfica donde pone en evidencia las ideas y mensajes que dijo haber recibido por medio de una inteligencia mayor.

GOD IS NOWHERE

Pare entender mejor a Dick hay que partir desde la inseguridad, la apatía, introversión, y las crisis de ansiedad de un niño de catorce años que lo llevó desde temprana edad a pasar durante años por psicólogos y luego psiquiatras. Esto no es condicionante ni justificativo para su actuar durante toda su vida, pero sí es determinante. Tampoco es motivo para decir: estaba loco. No. Por el contrario, PKD no demostraba irracionalidad sino cordura, fue la oveja negra del rebaño estadounidense, fue distinto al resto, solo eso. Y no solo esto, sino que hay que estar dispuesto a abrir la mente y repensar todo a nuestro alrededor.

Desde muy pequeño, a la edad de trece años, fundó una revista donde era el único redactor, y donde el título de la misma -*The Truth* (La verdad)- sería el inicio de un camino extenso en busca del significado de esa maldita palabra. En sus inicios como escritor, sufrió el rechazo de decenas de editoriales y revistas debido a la poca seriedad con la que se consideraba a la ciencia ficción fuera del género duro, de aquellos que buscaban describir el futuro

con exactitud (Isaac Asimov, H.G. Wells, Arthur C. Clarke), vivió en la pobreza y víctima aún de su baja autoestima (hasta comía carne de caballo que compraba en una tienda de mascotas). Por la noche leía a Dostoevski, Karl Jung (de quien era devoto), poesía y filosofía alemana, entre otras lecturas. Se casó en cinco oportunidades (aunque tenía una tendencia al adulterio) y tuvo tres hijos (dos mujeres y un varón). El famoso escritor de ciencia ficción Robert Heinlein, autor de *Starship Troopers*, que inspiró una trilogía homónima para el cine; o el cuento *All you, zombies*, que basó la increíble película *Predestination*, de 2014, fue un gran amigo de Dick, y hasta le pagaba el alquiler cuando ganaba poco dinero. También le compró una máquina de escribir con la que creó *El hombre en el castillo*, la novela ganadora del Premio Hugo, en 1963, el mayor premio de ciencia ficción que un escritor estadounidense podría aspirar.

Pero fue en 1960 cuando descubrió el libro chino *I Ching* (libro de las mutaciones). Este libro oracular puede definir tendencias en la forma de vivir de quien lo practica. Se dice que interpreta

la situación presente de quien lo consulta y da consejos para resolver los problemas de manera adecuada. De acuerdo con el resultado que se obtiene uno obra en consecuencia y experimenta la obra resultante. Aunque se dice también que sus consejos son dictados por el sentido común y que son lo suficientemente generales como para adaptarse a cualquier situación. Pese a lo mágico que suena, es un libro ancestral que carga con elementos morales, filosóficos y cosmogónicos. Lo interesante de todo esto es que desde 1960 PKD no se despegó de este libro nunca más. Su familia también fue arrastrada a esa vida dependiente del arbitraje del oráculo en las decisiones banales.

En esa época leyó muchos libros sobre el nazismo en pocos meses y comenzó a preguntarse qué habría pasado si el Eje hubiese ganado la guerra, si Hitler hubiese dirigido el Reich (o alguno de sus lugartenientes como Himmler, Göring o Bormann). Eso pretendía explicar no un futuro hipotético como suele hacer la ciencia ficción especulativa, sino un pasado distinto. Esa es la labor del escritor: decidir si estos universos para-



Philip Dick con su esposa, Anne Rubinstein, en 1958.

paralelos cobran vida o no más allá de la especulación sobre las decisiones tomadas que abren la teoría de que millones de cosas suceden o no a cada instante. Con el *I Ching* al lado suyo para tomar las decisiones de los personajes de la novela, y con la máquina de escribir regalada por Robert Heinlein, escribió de nueve a diez horas diarias la novela *The man in the high castle* (*El hombre en el castillo*) donde el Eje gana la guerra y Europa, África y el este de Estados Unidos, hasta las montañas rocosas, pertenecen a los Nazis; y Asia, el Pacífico, y el Oeste de Estados Unidos pertenece a Japón, donde los habitantes estadounidenses se rigen por el *I Ching* también.

Como no podría ser de otra manera, Dick utilizó su propia experiencia para atravesar a los personajes: Juliana Frink lee la novela -ficticia- *La langosta se ha posado*, de Hawthorne Abendsen, (novela censurada por el Reich pero que por la zona japonesa circulaba más o menos libre) donde se describe un mundo imaginario en el cual los Aliados ganaron la guerra. Pese a que la novela es leída por muchas personas, nadie la ve más que como algo ameno, extraño o que ayudase a pensar en un mundo distinto, pero la neurótica Juliana la interpretó como la *verdad*, como el mundo detrás del espejo y fue tras el hombre en el castillo. Lo extraño es que, al encontrarse Juliana con el hombre en el castillo, el tal Abendsen, este le revela que escribió el libro con ayuda del *I Ching*. Tal como lo hizo Dick.

En 1965 publicó un ensayo titulado *La esquizofrenia y el libro de los cambios* donde visibiliza la percepción de los esquizofrénicos y pragmatiza el uso del *I Ching* como ayuda en la toma de decisiones para estos pacientes psiquiátricos (o por qué no cualquier otra persona). Dick refleja este ensayo en sus novelas *Tiempo de Marte* (1964), en la cual expone que el autismo y la esquizofrenia son perturbaciones de la percepción del tiempo, afirmando que estos enfermos pueden tener acceso al futuro. Esto deviene en que el jefe del sindicato de fontaneros de Marte busque a un ex esquizofrénico para que le fabrique una máquina con la cual meterse en la mente de un niño autista y extraer un secreto, pero todo termina por complicarse a tal escala que el mundo que conocía este sindicalista se

transforma en una pesadilla; y *Los clanes de la luna Alfana* (1964) donde al verse desbordados los centros psiquiátricos de la Tierra resuelven enviar a los enfermos a una luna habitable. Allí, tras dos generaciones, se organizan en una sociedad de clanes: los Manis (maníacos, dominadores y agresivos que ejercen su autoridad); los París (paranoicos, políticos y estrategas que viven en un búnker llamado AdolfVille); los Deps (maníaco-depresivos); los Obcoms (obsesivo compulsivos, donde se recluta a los funcionarios del planeta); los Polis (esquizofrénicos polimorfos); los Esquizos (poetas y visionarios errantes); y los Hebes (hebefrénicos vegetativos -esquizofrénicos desorganizados-). Esta novela deja entrever que los pacientes psiquiátricos no son los únicos con desórdenes mentales, sino que están (estamos) camuflados entre el gentío.

Las realidades paralelas también son un tema recurrente en Dick ya que ciertamente así vivió toda su vida, imaginando un mundo en el que quien moría a la corta edad de seis meses era él y no su hermana Jane; un mundo que reflejaba una realidad distinta, y algún día escribiría un libro sobre una realidad donde estamos todos muertos.

GOD IS NOW HERE

El 20 de febrero de 1974 tuvo la experiencia que cambiaría toda su vida, como explica el mismo Dick en su ensayo *Cómo construir un universo que no se destruya en dos días: me sacaron dos muelas de juicio picadas, bajo pentatol sódico. Más tarde ese día sufría un intenso dolor. Mi esposa telefoneó al dentista y él llamó a la farmacia. Media hora después llamaron a mi puerta: el recadero de la farmacia con la medicina para el dolor. Aunque estaba sangrando y mareado y débil, sentí la necesidad de abrir yo mismo la puerta. Cuando abrí la puerta, me encontré frente a una mujer -que llevaba un brillante colgante dorado en el centro del cual había un brillante pez de oro. Por alguna razón me quedé hipnotizado por el brillante pez dorado; olvidé el dolor, olvidé la medicina, olvidé por qué estaba la chica allí. Simplemente permanecí mirando fijamente el signo del pez. "¿Qué significa eso?" le pregunté. La chica tocó el resplandeciente pez dorado con la mano y dijo, "Es un símbolo que llevaban los antiguos cristianos". Entonces me dio el paquete*

de medicinas. En ese momento, mientras miraba fijamente el signo del brillante pez y oía sus palabras, repentinamente experimenté lo que más tarde descubrí se llama anamnesia -una palabra griega que significa, literalmente, "pérdida del olvido". Recordé quién era y dónde estaba. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, todo volvió a mí. Y no sólo pude recordarlo sino que pude verlo. La chica era una secreta Cristiana al igual que yo. Vivíamos temiendo que los romanos nos detectasen. Teníamos que comunicarnos con signos secretos. Ella sólo me había dicho eso, y era verdad.

Esta experiencia le dejó el sabor de haber estado loco toda su vida y repentinamente recuperar la cordura perdida. Su nombre ya no era Philip sino Tomás y era perseguido por las autoridades romanas del siglo I d.C. Pronto comenzó a recibir información desde muy lejos, por parte de una entidad divina a la que le dio el nombre de Dios. Buscó por años sin cuestionar esa percepción, y dejó plasmado en la Exégesis (un diario de notas de alrededor de ocho mil páginas, de la que solo se publicaron mil quinientas -todavía no traducido ni editado en español-) muchas de estas experiencias y pensamientos explicadas de manera racional. Su novela *Radio Free Albemuth* (publicada tres años después de su muerte) es un pequeño periplo de estas visiones. En 2010 fue llevada al cine por el director John Alan Simon con la actuación de Jonathan Scarfe, Scott Wilson, Shea Whigham, una jovensísima Katheryn Winnick, y la participación especial de Alanis Morissette. Sobre esta entidad divina y sobre qué nombre darle dijo en una carta dirigida a su amigo Peter Fitting no ser capaz de expresar, pues había tenido una experiencia (varias, de hecho), pero no disponía de los términos para verbalizarla. Ahora, tras haber leído más, sí tengo ciertos términos. El nombre que le da y que utilizará para sus últimas novelas es VALIS (Vast Acting Living Intelligence System, en español Sistema de Vasta Inteligencia Viva: SINAINVI). Posteriormente postuló que esa entidad divina probablemente utilizaba un satélite para comunicarse con algunos sujetos del planeta Tierra, que eran despertados por algo que llamó "estímulo desinhibidor", una frecuencia telepática que predisponía a los sujetos a la comunicación, en su caso, la vesícula Piscis (el colgante de oro de la chica de la farmacia).

Estas visiones se profundizaron con el correr de los años y muchos de sus biógrafos coinciden en que



Aquí con Tessa Dick, en 1973.

fueron producto de un brote psicótico. Sin embargo, hay hechos inexplicables y precisos como aquel en el que, escuchando *Strawberry fields forever*, de The Beatles, medio dormido, profetizó que su hijo, quien apenas era un bebé, tenía una hernia inguinal estrangulada. Esto fue constatado por un médico profesional al alertar a su esposa de entonces y gracias a esta intervención el bebé logró sobrevivir a lo que parecía ser un problema tan mayor como la muerte. Hay otra que recuerda Dick en su ensayo sobre la realidad que resulta interesante: tras la dimisión de Richard Nixon (alguien que Dick tenía como enemigo del pueblo americano y del mundo) y mientras la Corte Su-

“Esta experiencia le dejó el sabor de haber estado loco toda su vida y repentinamente recuperar la cordura perdida. Su nombre ya no era Philip sino Tomás y era perseguido por las autoridades romanas del siglo I d.C.”

prema decidía sobre el caso Watergate PKD se encontraba comiendo en un restaurante chino de Yorba Linda, pueblo de California donde Nixon fue al colegio, donde creció, donde hay un parque con su nombre y donde se encuentra la casa Nixon, abrió una galleta de la fortuna que tenía el siguiente mensaje: LO HECHO EN SECRETO HALLA / EL MODO DE SALIR A LA LUZ. Envió ese pedazo de papel a la Casa Blanca con el mensaje: "Creo que ha habido un error; por accidente obtuve la predicción del señor Nixon. ¿Tiene él la mía?". De esta experiencia se jactaría en su discurso de 1977 en Metz, Francia.

En la década del 70 su vida se inclinó a la experimentación con todo tipo de drogas en búsqueda de más respuestas a las teorías formuladas: tiempo circular, tiempo congelado, tiempo atemporal, tiempo "sagrado" (contraste del tiempo "mundano"). Vivió entre el abuso de drogas y las relaciones personales con total desconocidos. Durante el proceso de escritura de *Una mirada a la oscuridad* (1977) -adaptada en 2010 a la gran pantalla con un elenco de renombre como Keanu Reeves, Woody Harrelson y Robert Downey Junior- vivió en una casa la cual compartía con totales desconocidos que tenían como cultura la droga y un estilo de vida hippie. Para este libro confesó haber tomado dosis enor-

mes de vitaminas en polvo solubles en agua ya que, según leyó, esto ayudaba a mejorar la actividad neuronal y aumentar inmensamente la eficacia cerebral. Todo esto fue plasmado en su Exégesis, de la cuál solo se conoce un fragmento traducido al español y que publicaremos conjuntamente con la revista en nuestra web para que puedan acceder quienes lo encuentren interesante.

SI CREEN QUE ESTE MUNDO ES MALO, DEBERÍAN VER ALGUNO DE LOS OTROS

En 1977 fue invitado de honor a una convención de ciencia ficción en Metz, Francia (esta sería la única vez que PKD saldría de EEUU). En esa época tenía un *tender loving care* (algo así como una persona que cuida de otra con un lazo afectivo en el medio) con Joan Simpson, una admiradora que aún sin ser lectora de ciencia ficción descubrió a PKD y se enamoró. Era su Juliana Frink.

Le pidieron que prepare un discurso que redactó en tiempo récord y tituló *Si creen que este mundo es malo, deberían ver alguno de los otros*. El público francés era uno de los más devotos de Dick en todo el mundo, y la expectativa en cuanto a su discurso:

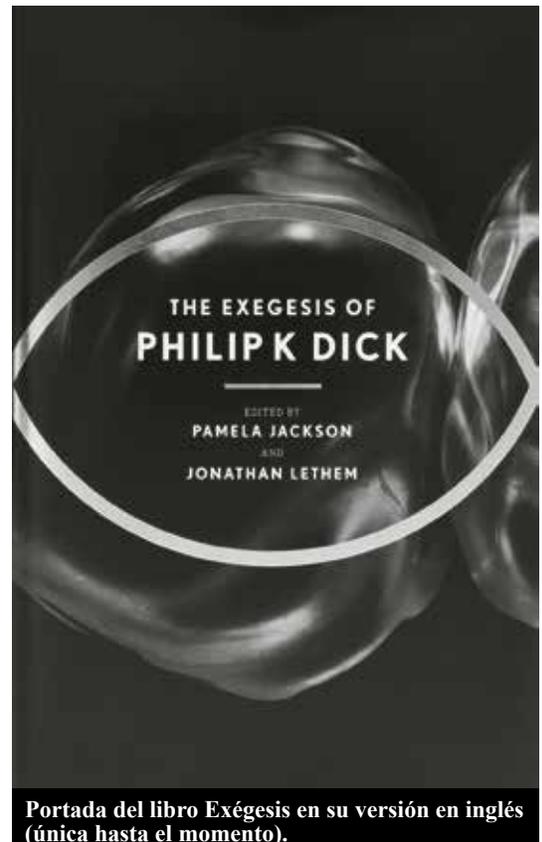
cuando estuviese frente al micrófono pronunciando su visión de la realidad todos lo recordaría por ser el que le cambió a todos la vida con sus verdades verdades y escucharían con atención todas aquellas palabras. Sin embargo, cuando le tocó tomar el micrófono se encontraron con un Philip totalmen-



te distinto al que imaginaban. Todos querían al paranoico, al toxicómano, el incorregible. A alguien destruido por sus problemas personales.

Lo primero que llamó la atención del público fue la cruz que colgaba de su cuello, regalo de Joan. Aquello desconcertó a todos y cuando sus palabras comenzaron a fluir tras la lectura y el paso de las hojas, todo fue confusión, oscuridad, algo que quizás hoy nombremos como “El mejor Dick”, pero que sin duda en aquél entonces solo era un malestar en el estómago de los más atentos. Nadie comprendió el discurso teológico que Dick rezaba: *Llegados a este punto, deberíamos solicitar el testimonio de alguien que, poco importa por ahora de qué modo, conserva en su memoria el recuerdo de otro presente. Lógicamente, ese presente tendría que ser peor que el presente en el que nos encontramos, puesto que Dios trabaja con la intención de mejorar las cosas. Teóricamente, podríamos sin duda afirmar que Él es malo o incompetente, pero me niego a tomar esta idea en serio. La pregunta que quisiera formular es: ¿alguno de nosotros conoce personalmente un mundo peor que el nuestro en torno al 1977? La respuesta es: sí, yo. En El hombre en el castillo, el novelista Hawthorne Abendsen descubre que su libro, considerado por él como pura ficción, describe en cambio la realidad. Yo he descubierto lo mismo respecto a mis libros. Ni El hombre en el castillo ni Ubik ni Fluyan mis lágrimas, dijo el policía, son, como yo creía, obras de la imaginación. O si lo prefieren, lo son sólo ahora, en el universo en el que nos encontramos y que ha sustituido, gracias a Dios, aquel del que yo provengo. [...]Estoy seguro de que no me creen, y de que tampoco creen que creo en lo que afirmo. Son libres de creerme o no, pero al menos crean esto: no estoy bromeando. Se trata de algo muy serio, algo muy importante. Tienen que pensar que para mí también, el hecho de declarar algo así, es una cosa terrible. Muchas personas aseguran recordar sus vidas anteriores. Yo, por mi parte, afirmo que puedo recordar una vida presente distinta. Nada sé de otras declaraciones semejantes a ésta, pero sospecho que mi experiencia no es única, quizá lo sea el deseo de hablar de ella. [...]Al leer estas palabras —remató—, creí que un gran secreto me había sido revelado. Cuando el Reino esté*

“Abrió una galleta de la fortuna que tenía el siguiente mensaje: LO HECHO EN SECRETO HALLA / EL MODO DE SALIR A LA LUZ. Envió ese pedazo de papel a la Casa Blanca con el mensaje: ‘Creo que ha habido un error; por accidente obtuve la predicción del señor Nixon. ¿Tiene él la mía?’”



Portada del libro *Exégesis* en su versión en inglés (única hasta el momento).

de nuevo entre nosotros, ya no recordaremos las tiranías ni la barbarie de la Tierra en la que hemos vivido. Creo que esto ya está sucediendo, creo que sucede desde siempre. Y que Su misericordia nos permite olvidar todo lo que ha sucedido antes. Quizá me he equivocado, en mis novelas y con estas palabras, al despertar en ustedes el recuerdo.

El público creyó que realmente no solo Dick se había vuelto loco, sino que también lo confesaba. Y sobre todo se había vuelto beato, algo que podría considerarse como un acto de vanidad y megalomanía extremo. El malestar del público lo reveló como a un bicho raro. La gran pregunta tras este incómodo momento para el público es si realmente él creía todas estas cosas que contaba, si eran *verdad*. Pero hoy en día este episodio es algo anecdótico, algo que resalta más su imagen y que mistifica sus ideas. Para PKD, en segunda instancia, había puesto a prueba al público con el argumento de una novela madura, porque si algo hay que resaltar es que, ante la necesidad económica, Dick llegó a publicar entre dos a tres novelas por año, pero desde el comienzo de la década del 70, su etapa

mesiánica, publicó más espaciado en el tiempo.

YO ESTOY VIVO Y USTEDES ESTÁN MUERTOS

Ciertamente podemos decir y atribuir, sin un profesional presente, que Dick sufría fuertes trastornos mentales, ya que fue diagnosticado. Pero nadie puede probar que estaba equivocado, ni nadie podrá jamás determinar si aquella vida vivida fue solo una ilusión o una puerta al verdadero *Idios kosmos* (mundo propio). Su vida sigue despertando hoy en día múltiples pensamientos, se han dado cátedras en muchos países europeos y hasta se han escrito decenas de libros dedicados al estudio de sus obras y sus pensamientos en diversos países.

Todo esto lo hace revivir, lo hace volver a la vida y con más determinación; nos condena a nosotros los lectores y por supuesto a los catedráticos a una vida al servicio de su palabra, nos somete, nos desequilibra, nos hipnotiza, nos mata. Por eso me animo a decir que Dick está vivo y nosotros estamos muertos.

Cumplehomenaje / Septiembre

Todos los días hay un escritor que celebrar. Y si bien SEPTIEMBRE ha sido el mes de nacimientos tan prolíficos como el de Mario Benedetti, Adolfo Bioy Casares, William Golding, H.G. Wells, Stephen King, F. Scott Fitzgerald, William Faulkner, Truman Capote.entre muchos otros, queremos traerte esta poesía del filósofo español Miguel de Unamuno, nacido el 29 de septiembre de 1864, llamada MORIR SOÑANDO:

Morir soñando, sí, más si se sueña
morir, la muerte es sueño; una ventana
hacia el vacío, no soñar; nirvana;
del tiempo al fin la eternidad se
adueña.

Vivir el día de hoy bajo la enseña
del ayer deshaciéndose en mañana;
vivir encadenado a la desgana

¿es acaso vivir? ¿y esto qué enseña?
¿Soñar la muerte es matar el sueño?
¿Vivir el sueño no es matar la vida?
¿A qué poner en ello tanto empeño?:
¿aprender lo que al punto al fin se
olvida
escudriñando el implacable ceño
-cielo desierto- del eterno Dueño?

SIRIUS X23

Por JORGE GIMÉNEZ

A la deriva, sin rumbo, sin conexión y con pocos minutos de oxígeno un hombre del espacio yacía flotando en el vacío. Díaz era un ingeniero experto en mecánica aeroespacial y jamás se permitió el más mínimo de los errores, pero esa jornada de trabajo ocurrió un error. Tan solo era una inspección de rutina sobre el casco de la estación científica Sirius x23, su compañero desde la sala de operaciones lo guiaría y sondearía sus signos vitales, todo parecía estar en perfecto orden sincrónico para que la misión se realizara sin contratiempos. El ingeniero estaría conectado a dos cables: uno de oxígeno y otro de seguridad que lo mantendría con los pies sobre la estación, siempre fue cauto y revisaba diez veces su equipo si era necesario. Pero esa jornada tuvo una pesadilla horrible en que su esposa tenía un accidente y esa imagen estuvo rondando y turbando su mente de tal manera que no lograba concentrarse al máximo. Tal es así que en esa revisión minuciosa tan solo verificó 9 veces.

Salió al exterior con la confianza habitual de haber hecho esa rutina 100 veces, su compañero le indicaba que sus pulsaciones estaban normales y le recordaba que en caso de emergencia su reserva de oxígeno duraría 30 minutos, y que además los retropropulsores en su traje lo traerían de vuelta a la escotilla en caso de desprenderse del cable de seguridad. Habían pasado 5 minutos desde que comenzó su tarea cuando se dio cuenta que aquel cable que lo mantendría a salvo se había desprendido, su corazón se aceleró y su confianza se transformó en desesperación, comenzó a notar que su cuerpo se tornaba cada vez más liviano producto de la propia absorción del ingravido vacío del espacio. Recordó que los retropropulsores lo conducirían hasta la escotilla que se encontraba a unos 10 metros, los accionó y con alivio dio gracias que funcionaran correctamente. En tan solo pocos segundos se encontraría a salvo, pero la fortuna no estaría de su lado ya que suele dar-

se muy de vez en cuando tormentas electromagnéticas que dejan algunos dispositivos totalmente inútiles por un determinado tiempo y fue ese fenómeno el que cayó directamente sobre el equipo de Díaz.

Sus gritos de auxilio sonaban cada vez más desgarradores a medida que observaba cómo la estación se volvía más y más diminuta. Era inútil rogar a dios un milagro, apretar una y otra vez el botón del intercomunicador o convencerse de que se trataba de una pesadilla. Aquella situación era real y ahora se encontraba absolutamente solo.

Solo le quedaban 20 minutos de oxígeno, ya no lloraba ni gritaba, se resignó a una muerte segura. Lo único que podía hacer era forzar la mente para recordar momentos felices con su familia, paisajes, sabores y aquellos amigos de su juventud. Entre tantas imágenes mentales rememoró a su padre y las noches de su niñez escuchando las aventuras del Rey Arturo antes de irse a dormir, pensó que ese sería el último fotograma que mantendrá en su cabeza mientras esperaba el destino incierto.

“Sus gritos de auxilio sonaban cada vez más desgarradores a medida que observaba cómo la estación se volvía más y más diminuta. Era inútil rogar a dios un milagro, apretar una y otra vez el botón del intercomunicador o convencerse de que se trataba de una pesadilla.”

Flotando en la nada divisaba estrellas que nunca llegarían, intermitentemente cerraba los ojos y esperaba al abrirlos toparse con alguna salvación o alguna revelación. De lo único que estaba seguro es que restaban 10 minutos de oxígeno y no había nada que pudiera hacer.

Desvanecido y con una sensación de que ya no poseía cuerpo, de a ratos volvía en sí con cierta dificultad, pero luego su mente volvía a oscurecerse lentamente. Hasta que algo logró despertarlo de su lenta agonía: una formación rocosa del tamaño de una isla emergió ante sus ojos. Su rostro cambio completamente, ya no tenía el semblante de la resignación; si no que se encendió una ligera luz de esperanza aunque en el fon-

do sabía que ya no la había. Divisó con asombro que sobre aquella isla flotante se erguía una construcción plateada formada por dos gigantes picos como la de una catedral. En ese instante se le vinieron a la cabeza aquellas historias que le contaba su padre sobre caballeros y castillos. Recordó además que alguna vez se había imaginado a Camelot de esa manera, imponente y cubierta de plata. Quizás había llegado a su lugar de ensueño, tal vez el Rey Arturo existe y se encuentra allí en su trono aguardándolo. Mientras se acercaba hacia ese lugar oyó el último latido de su corazón, esbozó una sonrisa y extendió su brazo para poder tocar esa tierra.





GODOFREDO BLANSK: I - RETAZOS

Por M. M. ÁLVAREZ

Ilustración | FEDE AVILA CORSINI

(Cualquier similitud con la realidad es una brutal (y ominosa) coincidencia.)

¿En qué estábamos? Me hablaste de... Ah, sí, Godofredo Blansk. ¡Cómo olvidarme! Un sujeto de lo más peculiar. Está claro que uno no se deshace con facilidad de esa clase de personas. Claro que no. Como si pudiera.

Corrían los años 70. Ya habían hecho mella las reacciones populares como el Cordobazo y el Rosariazo. ¡Cuántas cosas nos esperaban! El frío y metálico dolor de lo ignoto. Si acaso pudiera retroceder en el tiempo y prevenirlo de que se detuviera, que no siguiera escribiendo todo eso que con tanta urgencia deseaba propagar. Si tan solo...

Recuerdo vivamente cómo solía renegar con su nombre. *¿Quién en su sano juicio nombraría así a su hijo? Mis padres, hermosos pájaros los dos, lo concedo. Pero no entiendo qué mierda tenían en la cabeza. ¿Godofredo? ¿Por qué no Mario o Luis? Ahí ellos.*

La primera vez que nos vimos, hace ya un par de años, en un bar de Primera Junta, frecuentado con asiduidad por materia universitaria, dejando claras las intenciones de comenzar a darle forma al primer tomo de su libro de memorias -del cual se jactaba, si es que estallaba alguna guerra nuclear o atómica, junto a las cucarachas, ejemplares de su obra quedarían ilesos entre los escombros-, me pasó, reescrito una y otra vez con lapicera azul, y medio borroneado por un accidentado movimiento del pulgar, con aquella letra levemente inclinada suya, parafraseando con impunidad a T. S Elliot al titular su manuscrito como "Junio, el mes más cruel" -que según él hacía referencia a su "desafortunado" nacimiento-, lo que planeaba sería *"una basura indispensable, monumental, para todo aquel con facultades extraordinarias que lograrse descubrir el tejido de la pildora que nos atragantaba diariamente."*

Disfruté enardecido nuestra charla inicial. Por mi parte debo admitir que estuve en el lugar mucho antes de lo acordado como para establecer sin reservas una firme reputación de animal puntal, adelantándome -mis vísceras así me lo decían en ese entonces- a futuros y beneficiosos encuentros.

Esa vez llovía copiosamente. En la radio, si no me equivoco, sonaba La Joven Guardia con su éxito "En el pueblo de San Esteban" y yo aguardaba, con una pizca de nerviosismo, sin haber

ordenado nada aún. *Estoy esperando a alguien*, le dije al mozo, un sujeto menudo que conocía de mis años de estudiante, repitiendo un credo personal: que el que pide antes de la pueril acción de estrecharse las manos, comúnmente peca de una imperdonable falta de respeto.

A eso de las 9.10 observé pasmado a través de los vidrios como un hombre corría por la vereda sorteando un centenar de paraguas y apartando a la gente de su camino con un brazo extendido. No traía ningún paraguas, sino que se guarecía con las hojas manchadas de un diario retorcido, protegiéndose el yermo territorio de su cabeza que hasta el día de su muerte mantuvo cubierto con presta dignidad por una rala ínsula de cabello rubio.

Con aquella solemnidad característica en él, sosteniendo el cigarrillo que anteriormente había chupado hasta la mitad de un saque, soltando un flácido gusano de ceniza dentro de la astillada taza de café, y escupiendo ora una palabra, ora una voluta de humo retenido con experiencia en el fondo de sus pulmones, me habló en grandes rasgos de ciertos retazos de su vida que pretendía yo encontrarse, mediante una fina lectura, en las líneas mecanografiadas con la tinta de su Olympia.

Y dejó, como me lo veía venir, un regurgitante apartado para la válvula informativa de su nombre.

“El frío y metálico dolor de lo ignoto. Si acaso pudiera retroceder en el tiempo y prevenirlo de que se detuviera, que no siguiera escribiendo todo eso que con tanta urgencia deseaba propagar. Si tan solo...”

—Existió un noble del siglo XI —dijo sorbiéndose la nariz—, Un tipo que dirigió la primera cruzada y que consiguió obtener la ciudad de Jerusalén. Dudo fervientemente que mi padre o mi madre hubieran sabido algo de todo eso.

—Creo que uno de los nombres de Roberto Arlt era Godofredo —le comenté con el ansia de sumar elementos a la causa. Había estado un rato largo jugueteando con la idea de decírselo. Ahora que lo pienso mi mente se habría visto muy bonita ejemplificada como un niño vestido de tirolés, sujetando una de esas varas que en el extremo tienen una red para cazar mariposas. No quería que el detalle se me escapara, ni tampoco

sujetarlo por demasiado tiempo: las alas se habrían vuelto pasta en mis dedos imaginarios.

—Muy interesante, pibe —me dijo, dándome la impresión de que tal vez arrojaba la información en algún recipiente con el rótulo: notificar a la oficina de desperdicios—. Pero vos, desde ahora, me decís Fredo.

Y revoleaba el cigarrillo por los aires, encerrándose en complejos y arrogantes trazos y anillos; sentado frente a mí, cortados solo por la absurda distancia de una mesita de un bar de capital, con la gabardina empapada por la lluvia, que a pesar de estar incomodándolo no parecía querer quitársela por nada del mundo.

¿Sabías que...?

El suicidio es considerado, para la sociedad occidental y más precisamente para las religiones cristiana, islámica y judía, como algo indigno que atenta contra lo cívico y que constituye un insulto al creador. Pero pese a esto, y más allá de la ideología que tuviesen fueron muchos los escritores que tomaron por mano propia el fin de su existencia por no querer quemarse con el fuego del Olimpo. Acá mencionamos algunos de ellos:

Virginia Woolf: Llenó los bolsillos de su abrigo con piedras y se arrojó al río Ouse muriendo ahogada.

Alejandra Pizarnik: ingirió 50 pastillas de Senocal provocándole una sobredosis.

Afonsina Storni: se arrojó al mar desde un espigón.

Sylvia Plath: se intoxicó con monóxido de carbono al meter la cabeza en el horno de la cocina.

Ernest Hemingway: se disparó con su escopeta.

Horacio Quiroga: bebió un vaso de cianuro.

Leopoldo Lugones: ingirió cianuro de potasio con whisky.

Violeta Parra: se quitó la vida disparándose con una pistola.

Emilio Salgari: se practicó el harakiri.

Séneca: se cortó las venas de los brazos y las piernas.

Gilles Deleuze: se quitó la vida por defenestración (arrojándose de una ventana).

David Foster Wallace: se ahorcó.

Yukio Mishima: se practicó el harakiri o seppuku tradicional.

Ryunosuke Akutagawa: se suicidó ingiriendo veronal (barbitúrico).

Stefan Zweig: ingirió junto a su esposa veneno.

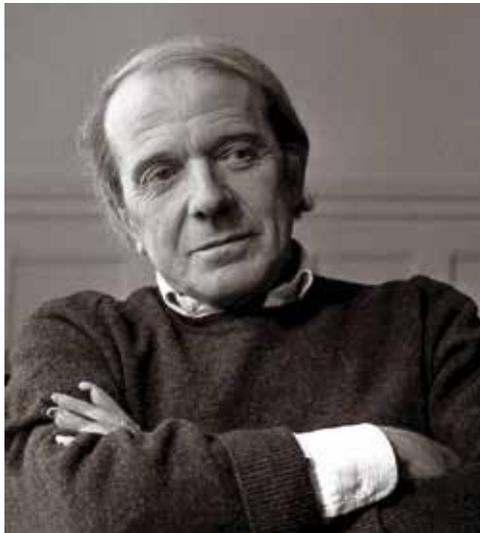
Pese a ser un acto rodeado de condena y ocultación, algunos encuentran el suicidio como un final poético que le da otro valor a la vida y obra de quienes tomaron este cuestionado camino.

LA LITERATURA CON LA VIDA EN EL PENSAMIENTO DE GILLES DELEUZE

Por JUAN REY LUCAS

“Una palabra disecada ya no significa nada. Como un cuerpo que tras la autopsia es menos que un cadáver.”

E. M Cioran



Los procesos de la literatura: la escritura y la lectura, no hacen referencia a una representación o a una testificación de lo que acontece en la existencia. La literatura lleva un cambio de naturaleza en su haber: su dirección es por lo descabulado y fragmentario. No manifiesta insuficiencia, sino abertura. Lo inagotable del suceder. La conversión constante de lo ocurrido. Perpetua propagación. Lo excesivo no como desmesura nociva, sino para la circulación de las intensidades, en lo ilimitado: es decir, la vida. La literatura es un plegamiento del advenimiento. No hay mimetismos, ni reflejos, ni simbolismos –pueden que se usen para que funcione en lo pragmático-. Pero lo útil no tiene nada que ver con lo prodigioso ni con las transformaciones que tiene el arte de rubrica. Se acontece diferencial tanto para el escritor como el lector. La producción a-aparalela registra su engarce en singularidad y creada a modo distintivo; o existiendo de manera simultánea. El desarrollo literario o leyente no se queda en la figuración del hombre quien se encuentra tras bambalinas. Tan sólo entraríamos en un dominio de antropomorfismo regulado de sujeto a objeto. El devenir mujer, animal, o mineral –entre otras más variantes-, implican un ingrediente de evasión que es afanoso yendo en contra de su configuración. Su misión es evadir siempre el presente. Ante la abyección de lo masculino para el maestro Gilles Deleuze, eso es más que suficiente para poder hacer un trazado caligráfico-geográfico desemejante ante uno mismo. El advenir-mujer (por ponerlo como pasquín) no se pone en parangón ante la masculinidad, ni siquiera a la misma feminidad de la mujer que ejerza la línea de fuerza, sin afanes de un manoseado concepto de empoderamiento o reclamo panfletario. El advenimiento no es el acabamiento

de una forma o idea. Más bien, será buscar la zona de intermediación, que nos consiga volvernos inapreciables no por aislamiento, sino por nutrimento.

“Es un proceso, es decir es un paso de Vida que atraviesa lo vivible y lo vivido. La escritura es inseparable del devenir; escribiendo se deviene-mujer, se deviene-animal o vegetal, se deviene-molécula hasta devenir imperceptible”. (Deleuze, 1996, pág. 5).

La distinción que logra el advenimiento es para consolidarse en lo intangible, tal que sea a si mismo indistinto por fuerza creadora y veraz. Súbito. Se ensamblan siempre demarcaciones de intermediaciones para poder suministrarse de los aparatos literarios de los que se puedan requerir: una urbanización sin ascendencia. Constantemente, a través de las voluptuosidades, las especies, y las soberanías siempre se da un acaecer. Entre A y B, lo que ocurra por las dos proposiciones será lo que nos interese. No es llegar a un destino, sino recorrer todos los puntos posibles hasta convertirlos por inercia en línea de energía. El devenir brota en el “en medio”. La hegemonía del artículo aquí debe ser evitado (*La mujer, El animal, etc.*) Será solamente *una* alimaña, *un* pétreo... *una* existencia. No es la designación de lo supremo, ni el ejemplo, ni la autoridad; es la eclosión de lo múltiple en procesamiento de una reiteración que germina con la novedad de lo otro. Todo personaje, experiencia o construcción de lectura se levanta en lo expandido. No es la adquisición de condiciones consecuentes, sino que se introduce a un

área de contornos y elipses. La literatura (en lo escribiente y lo leyente) obran en una gimnasia sintomática: un entrenamiento de los escapes y deserciones: así el artemarcialista pateando sin estructura ni rapidez; el futbolista que dribla sin espacio; de igual la bestia que consigue tener imaginación, o el granítico que emerge palpitante. El léxico esmerara y propulsa él mismo travesías desconocidas en toda materia, y por implícito lleva lo fatídico. Lo llevado de un emisor a un receptor no nos es apto; sino habrá que dar paso a otras dimensiones de diseño nigromante. La alocución es una delineación para la confección de una perífrasis de lo efectuado con las entidades.

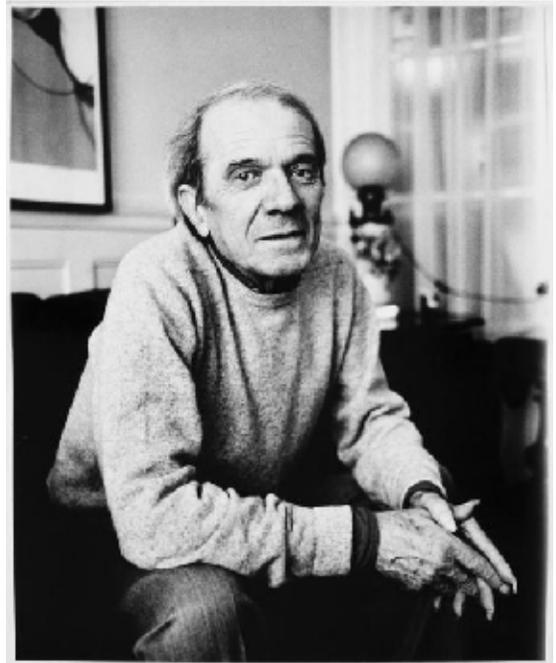
“La lengua ha de esforzarse en alcanzar caminos indirectos femeninos, animales, moleculares, y todo camino indirecto es un devenir mortal. No hay líneas rectas, ni en las cosas, ni en el lenguaje. La sin-taxis es el conjunto de caminos indirectos creados en cada ocasión para poner en manifiesto la vida en las cosas”. (Deleuze, 1996, pág. 6 y7).

No es el propósito la enumeración de las memorias, los periplos, las relaciones, los triunfos, las aflicciones, los anhelos. Tanto igual un superávit de realidad o de fábula se corre el riesgo de caer en la falla o el error. Así también encerrarse en una configuración familiar con remembranzas edípicas. La indagación hacia lo paterno o materno, o del hermano perdido son las introspecciones que pueden limitar o degradar la experiencia. El psicoanálisis que resulta siempre en el hijo desahuciado o espurio. Los devenires se encuentran siempre en los riesgos de caer coagulados en los estereotipos de familia. Las corrientes psicológicas o siquiátricas aquí tan sólo dan un camino sin salida, y retornan a los lugares comunes de la repetición, o al calco de las subjetividades. La literatura y lectura siguen traslados tras-tornados programados en un deslizamiento de lo personal, pero tan sólo con el propósito de volcarse a lo anfibológico, que puede percibirse en lo genérico pero que se cincela en lo peculiar y especial en sí. El acaso eminente. Es el surgimiento sea dentro de uno o con lo otro, un tercero, que se proyecta en un inconsciente lúcido. Es cierto que hay un delineamiento apolíneo en las personalidades de los personajes literarios; pero aquellos atributos, tildes, y facciones son los que

logran la potenciación que lo vislumbra en lo indistinto- inacabable ya que son remolcados por preponderancia. Es verdad, que existe un andamiaje para el coherente-movimiento de las entidades; pero no debe caer en redundancias, xerocopias, o refracciones. Se trata, de la adquisición o cacería de aquellos vaticinios tan exorbitantes como lumínicos.

La neurastenia personal impide que se prolonguen las intensidades o también terminar en un territorio que paralice las funciones de magnitud. Poliomieltis del procesamiento. Es cuando el escritor -y lector- debe actuar como galeno de sí mismo para poder volver el flujo de las fuerzas. La literatura en esta línea fructifica como esquematizado de sanidad. El literato en este caso no tiene una salud completa en su totalidad. Exulta una ínfima, empero irreprimible lozanía manufacturada por los aconteceres de los que ha sido testigo, de índole sobre abundante. Le exceden en su mortalidad por los que puede contar para verterlos en el mundo.

Le merman su vigor pero en pro de un cuerpo espiritual que busque el no agotamiento de los afectos: un cuerpo sin órganos. Algo que en un estado salutífero pleno no detonaría.



“De lo que ha visto y oído, el escritor regresa con los ojos llorosos y los tímpanos perforados. ¿Qué salud bastaría para liberar la vida allá donde esté encarcelada por y en el hombre, por y en los organismos y los géneros?” (Deleuze, 1996, pág. 9)

Parte de la nueva corpulencia procurada por el literato -y el lector- se da para que pueda ser creador de nuevas tribus. Un menester quimérico. Los propios remanentes son retributivos en tanto se les genere una nueva vírgula sin precedentes ni consecuentes. No es el pueblo por antonomasia, sino los nativos que advienen-insurrecto. Un pueblo en menor -como cualidad- pero pantagruélico por los arrebatamientos que es capaz de generar.

“La literatura es delirio, pero el delirio no es asunto del padre-madre: no hay delirio que no pase por los pueblos, las razas y las tribus, y que no asedie a la historia universal. Todo delirio es histórico-mundial, desplazamiento de razas y de continentes.” (Deleuze, 1996, pág. 10).

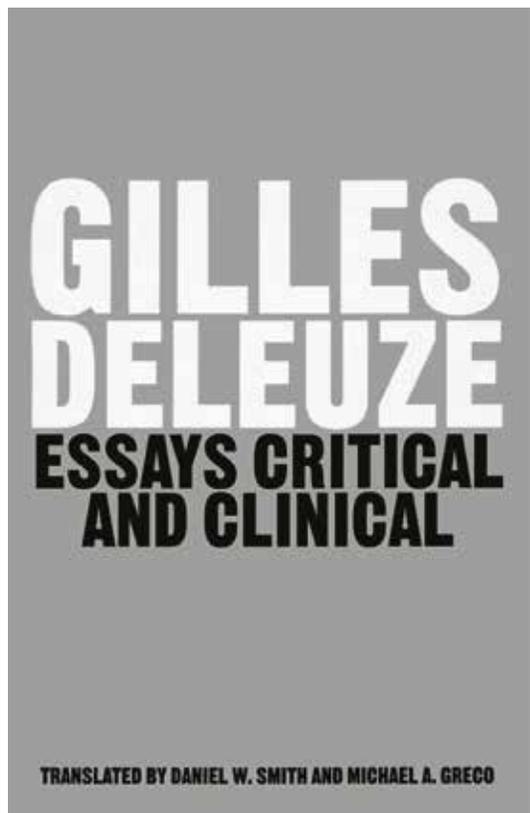
Puede haber un escollo en el devenir, por efecto de doma, ya que pueden emanar delirios que se canalicen hacia la dominación y no a la revolución. Siempre habrá que cuidarse de la crisálida fascista que pueda tornarse cancerígena.

“La literatura es delirio, pero el delirio no es asunto del padre-madre: no hay delirio que no pase por los pueblos, las razas y las tribus, y que no asedie a la historia universal. Todo delirio es histórico-mundial, desplazamiento de razas y de continentes.”

El lenguaje en concomitancia con la literatura y la lectura permuta en un nuevo léxico, que es otro devenir. Una pormenorización por el proferrir que se está inmerso para dilatarlo, para soltarlo, para *hacerlo huir*. Ristra taumatúrgica que escapa del absolutismo. No hay necesidad de conectar con neologismos o arcaísmos, ya que la nueva lengua se dispara por tartamudeos, balbuceos, farfulles. Una morfología inaudita. Es la revelación de una buena mal-deformación, creadora y fértil. Con todo esto para el buen escritor según el filósofo de París siempre ha de estar a la orilla del abismo. Actitud temeraria sin recompensas ni pérdidas, solamente, la gratitud de la osadía implementada. Porque el escritor escribe pero no para quedarse en el pleonasma sino para algo más. Y ese *algo más* es lo que a veces (o casi siempre) costa el existente en su absoluto.

Bibliografía

Deleuze, G. (1996). *Crítica y Clínica*. Barcelona, Anagrama.



EL PABELLÓN DE LOS GRITOS

Por ALEJANDRA LLANOS

Ilustración | ALEJANDRA LLANOS

Veo el goteo del suero caer acompañado. Mi jeringa ya vació su contenido. Los ojos de ella parecen perderse en algún recuerdo lejano.

Salgo del cuarto. Continúo mi recorrido: el Hospital Psiquiátrico Santa Bárbara en Recoleta, pabellón cuatro. Es una tarea repetitiva y peligrosa con las internas. Ellas no tienen libertad de circular libremente, muchas dañan a los demás y a sí mismas por lo que es necesario mantenerlas calmadas. Esquizofrénicas mujeres con trastornos severos. Mi recorrido siempre termina con la paciente número 322 quien agredió físicamente a cinco enfermeros y no hay somnífero que pueda adormecerla. Es inútil usar las correas o las camisas de fuerza con ella ya que se zafa como si fuera el mismísimo Houdini.

Yo soy uno de los pocos a los que deja acercarse lo suficiente para darle su dosis. Cuando me mira veo que está perdida en otra realidad, como las demás. Solo parece una jovencita en su cuarto, aburrida y ociosa. Nunca habla pese que a veces converso para llenar el silencio. Ella solo me mira, sigue ahí mientras la jeringa se hunde en su piel sin inmutarse. Cualquiera diría que es muda; cualquiera que no hubiera tenido la oportunidad de pasar una guardia nocturna, esa guardias terribles donde ella profiere una serie de gritos desgarradores, gritos cargados de dolor que perturban a todos en el pabellón cuatro.

Alaridos que desencadenan los alaridos de las demás internas. Cuando aquello sucede todos los enfermeros deben correr para calmarlas ya que la mayoría se auto infligen heridas terribles.



Esa noche en mi guardia nos encontrábamos jugando al truco en el comedor con algunos compañeros. Estábamos a la luz de las velas. Afuera azotaba la ciudad una fuerte tempestad de esas que arrancan árboles de la tierra y vuelan techos enteros. Los gritos comenzaron a las dos de la madrugada con un alarido feroz.

—Hay que matar a esa hija de puta —dijo un compañero con perlas de sudor en la frente. La luz de la vela le daba un aspecto siniestro.

—Voy a ver qué pasa —dije levantándome deprisa y tomando una linterna.

—Partile la cabeza antes de que enloquezca a las demás —dijo otro entre risas.

Estaba aterrado, los pasillos oscuros y los relámpagos le daban a ese lugar un aspecto de

película *slasher*. A mis compañeros también se les helaba la sangre, no querían subir a la planta alta y vérselas con esas mujeres perturbadas en el medio del apagón.

En mi interior algo me hizo sentir que eran capaces de matarla esa noche por el solo hecho de sentir que tenían el control.

Aun así las demás pacientes no despertarían. No, estaban completamente dormidas ya que el psiquiatra les mandó calmantes extra, pensando en la tempestad que había iniciado esa misma tarde.

Un trueno resonó e inundó el pabellón cuando subí. Sentí que las piernas se me aflojaban al ver que la puerta de su cuarto estaba abierta de par en par.





En el transcurso del siglo XX las distintas expresiones de la cultura comenzaron a reflejar la idea de la decadencia humana y el fin del pensamiento que había impulsado la revolución industrial de que la tecnología nos iba a llevar a un mundo mejor. Claramente las guerras mundiales demostraron que los avances científicos utilizados de forma incorrecta podían conducir a la humanidad a su propia destrucción. Mientras que en la literatura fluían cada vez más las distopías de mundos totalitarios o las operas espaciales de futuros donde el humano busca un nuevo hogar. En la filosofía se solidificaban las líneas de un pensamiento que exploraba los significados de la existencia humana, del sentido del ser desde una visión desencantada de la vida. Martin Heidegger, uno de los pensadores ineludibles de mitad del siglo XX proclamará a la ciencia como degradadora de la búsqueda filosófica de la razón separándola de su status idílico y que dará pie al existencialismo de Jean-Paul Sartre y otros filósofos franceses. La filosofía y la ciencia ficción están sumamente ligadas. Es desde los años 50 en adelante que la construcción de estos mundos de futuros cada vez más cercanos pasando desde Ray Bradbury, Isaac Asimov y claro está llegando a Philip K. Dick y otros autores donde comenzamos a ver los cimientos de lo que será el género Cyberpunk.

En 1968 se publica *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip Kindred Dick. En ella encontraremos todos los ingredientes que

LA FUNDACIÓN DEL CYBERPUNK

Por Pablo Rodríguez Ortiz

luego se formalizarían durante la década de los 80 como Cyberpunk. Sociedades posindustriales con una estética oscura heredada del policial *noir* y la temática informática, cibernética o robótica. El escritor Bruce Bethke titularizó una historia corta como Cyberpunk en 1980 aunque fue recién publicada en 1983. Pero Gartner Nozois fue el editor de ciencia ficción que popularizó el término y William Gibson, Bruce Sterling y Jonh Shirley fueron quienes encabezaron el movimiento literario en esos años. La palabra *Cyber* viene de cibernética que a su vez viene del griego *kybernētēs*, que se refiere al timonel, el cual "gobierna" una embarcación, y *punk* no solo se refiere al movimiento ideológico surgido por el género musical sino también a esa forma de referirse a una persona rebelde.



Blade Runner estará disponible en Netflix en octubre.



Póster de la última Blade Runner. También disponible en Netflix el próximo mes.

En el cine se cuenta a *Alphaville* (1965), de Jean-Luc Godard, como un antecedente del género Cyberpunk. Otros predecesores fueron *Colossus, The Forbin Project*, de 1970, donde se asienta el concepto de inteligencia artificial: en ella una supercomputadora intenta controlar al mundo. *Westworld* y *Futureworld*, de 1973 y 1976, donde robots humanoides pierden el control y asesinan a sus creadores. En *Westworld* se utiliza por primera vez en la historia imágenes generadas por computadora. En el mundo del comic Dan O'Bannon junto al dibujante Moebius crearían la historia *The Long Tomorrow*, que sería una gran influencia estética para lo que seguiría junto a otra historietita más estrenada en la revista *2000 AD*, en 1977: *Judge Dredd*.

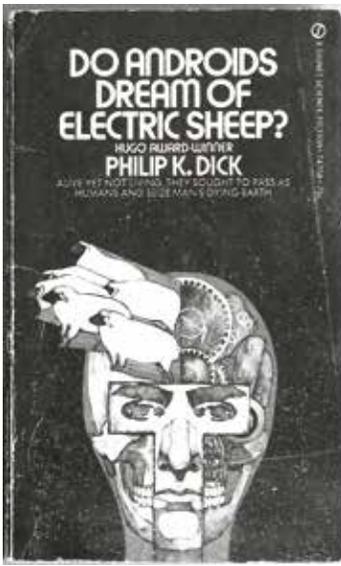
Pero sería *Blade Runner*, en 1982, la piedra fundacional del Cyberpunk. Luego del éxito de *Alien, el octavo pasajero*, en 1979, Ridley Scott estaba embarcado en la producción de la película *Dune*, pero abandonó el proyecto por no sentirse preparado y se unió a *Blade Runner* luego de la

muerte de su hermano y sumó al guionista David Webb Peoples para que modifique el guion que ya tenía preparado Hampton Fancher, así fue que se ganó la aprobación de Philip K. Dick, que al principio había visto con malos ojos los primeros borradores de la adaptación de su libro.

Daré por sentado que el lector conoce la trama de la película o de la novela que adapta. En resumen, se trata de Rick Deckard (un ex Blade Runner en la película) eliminando androides llamados Nexus-6. Los androides para PKD son humanos artificiales a los cuales el único rasgo que los distingue de un humano real es la falta de "empatía", un fallo en su composición provoca que desarrollen emociones y se vuelvan inestables. En la película los androides son llamados replicantes y subyace en sus dos versiones hablar de la condición humana. ¿Qué nos hace ser lo que somos? ¿Cuál es el propósito o sentido de nuestra existencia? Podemos rellenar ese sentido con creencias o valoraciones humanas que nos completen temporalmente, pero seamos seres naturales o artificiales el fin siempre llega. Los replicantes Rachel y Roy complementan bien distintas variantes de esa búsqueda, la primera dándose cuenta de que no es humana e intentando aceptar esa verdad y la segunda buscando la respuesta en su padre/creador para finalmente entender que no se puede escapar de la muerte.

Blade Runner como film no tuvo buena suerte en la taquilla y primeramente recibió críticas variadas entre negativas y buenas. Fue con el tiempo, con sus siguientes relanzamientos y también con la influencia que tuvo en siguientes películas e historias que se convertiría en una obra de culto. La banda sonora compuesta por Vangelis sería de lo más recordado y su tema de cierre luego utilizado en Argentina por el programa Fútbol de Primera, un icono. Syd Mead fue el diseñador industrial encargado del arte conceptual de la película. Arte que englobaría al género en su formación de metrópolis de grandes rascacielos llenas de luces de neón, publicidades gigantes donde las personas se convierten en pequeños puntos perdidos en una gran fábrica metálica sin horizonte.

Lamentablemente Philip K. Dick falleció tres meses antes del estreno de la película por un derrame cerebral. Pero llegó a ver algunas



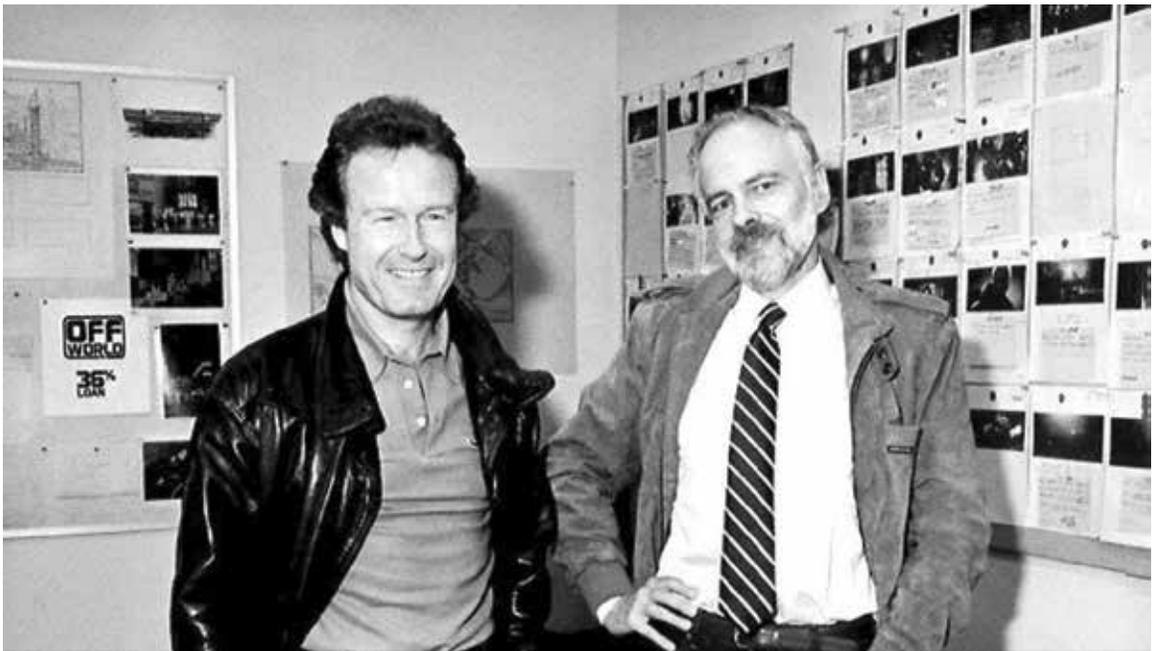
escenas terminadas. A pesar de la muerte de su creador original, *Blade Runner* se convirtió en una franquicia que continuó sacando material. Se novelizó la película y luego se escribieron 3 secuelas continuando la historia. La película original tiene 7 versiones distintas. La última, lanzada en 2007, llamada *The final cut*. También hay 7 videojuegos basados en *Blade Runner* y varios documentales. Es hasta 2017 con la dirección de Denis Villeneuve que finalmente se estrena *Blade Runner 2049* secuela directa de la primera película con el regreso de Hampton Fancher en el guion y con Ridley Scott en la producción. Harrison Ford retoma su papel de Rick Decka-

rd, pero esta vez el protagonista es K, interpretado por Ryan Gosling. A esto se suman tres cortometrajes que hacen de nexo entre las dos películas y se encuentra en desarrollo un anime de 13 capítulos para el 2021 llamado *Blade Runner: Black Lotus*.

Blade Runner 2049 fue aclamada por la crítica especializada. Reaparecen los temas que se habían tocado en el primer film como el existencialismo y la metafísica y se encuentra la forma de profundizarlo y a la vez ahondar más en la historia de los personajes y su interacción con el mundo, pero la película no tuvo la recaudación esperada. El público que la ve no es un público masivo como en otras obras de ciencia ficción, aunque mantiene su rótulo de una obra de culto.

En próximos artículos de *Lecturas Visuales* volveremos a adentrarnos en el mundo *Blade Runner*, esta vez para comentar lo que vino después. Su influencia en otras sagas como *Terminator* o su conexión e influencia con el mundo del anime en películas como *Akira*, de 1988, o *Ghost In the Shell*, de 1995, que a la vez influenciaron a las hermanas Wachowski en la creación de otra película clave del género Cyberpunk: *Matrix*.

Hasta la próxima, Centauri.



Philip Dick fue invitado al set de *Blade Runner* en 1981 y en su paso dejó una postal junto al director Ridley Scott.



Pintura de Ed Emshwiller para la edición de Enero de 1953 de Galaxy Science Fiction ilustrando el cuento "The Defenders", de Philip K. Dick.

entreTINTAS

ESTUDIO DE DISEÑO | GRÁFICA INTEGRAL

SERVICIO INTEGRAL DE COMUNICACION | GRÁFICA Y DIGITAL



PENSAMOS

Creamos & Desarrollamos
La identidad visual y corporativa de tu marca

DISEÑAMOS

Elementos gráficos, creativos, destacados,
diferentes y con gran impacto visual.

COMUNICAMOS

& PUBLICAMOS



REDES SOCIALES
MKT DIGITAL



DISEÑO WEB

Y TAMBIÉN

IMPRIMIMOS

Producción integral de nuestros
proyectos de principio a fin.



San Martín 77 - Marcos Paz // entretintasdg@gmail.com

